EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

NARROS Y CADELLS.

2.ª parte de D. Juan de Serrallonga.

DRAMA EN CUATRO ACTOS EN VERSO Y PROSA.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE NARCISO RAMIREZ,
Pasaje de Escudillers, núm. 4.

1864.

NARROS Y CADELLS.

2.ª parte de D. Juan de Serrallonga

NARROS Y CADELLS.

2.ª parte de D. Juan de Serrallonga.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL EN PROSA Y VERSO

POR

D. FERNANDO GUERRA.

Representado con aplauso en el teatro Principal de Barcelona el 4 de febrero de 1864.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ,
Pasaje de Escudillers, núm. 4.

1864.

Personajes.	Actores.
D.ª JUANA DE TORRELLAS.	D.ª MATILDE DUCLÓS.
D. JUAN DE SERRALLONGA (niño de 12 años.)	» GERTRUDIS CASTRO.
D.ª ELVIRA DE COLMENAR.	» ENRIQUETA MENENDEZ.
LUCIA.	» ADELA GUIJARRO.
JAIME SERRA (a) EL TUT.	D. JUAN CASAÑER.
EL GUERXU.	» DOMINGO GARCÍA.
D. JOSÉ DE FONTANELLAS Y PRADELL.	» RAFAEL CALVO.
D. JUAN DE COLMENAR.	» JULIO PARREÑO.
EL FADRÍ DE SAU.	» SANTIAGO BURON.
TRISTAN.	» JOSÉ BARTA.
TALLAFERRO.	» JOSÉ CALVO.
HOMBRE 1.º	» JOSÉ GUERRERO.
HOMBRE 2.º	» ANTONIO GUILLEN.
UN ALGUACIL. (El embozado.). . .	» LUIS MAZZOLÍ.
UN CENTINELA	» EDUARDO RODRIGUEZ.
UN SOLDADO.	» L. MAZZOLI.
UN CRIADO.	» A. GUILLEN

SOLDADOS DE LA GUARDIA AMARILLA, ALGUACILES. BANDOLEROS. HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS DEL PUEBIO, CRIADOS DE COLMENAR.

El 1.er acto pasa en Barcelona en casa de Serra y en una plaza; el 2.º en el palacio de Colmenar; el 3.º en Caróz en casa de Serrallonga, y el 4.º en las Guillerías.

Epoca 1645.

ACTO PRIMERO.

La verbena de S. Juan.

El teatro está dividido: en la parte izquierda del actor hay una casa de mezquina apariencia con muebles rústicos, puerta en el fondo y otra á la izquierda: ventana con reja y hojas en la pared divisoria: sobre la mesa un velon grande encendido; en la parte de la derecha plaza larga con fachada grande de palacio, con puerta y ventanas con rejas á los costados y balcones encima.

ESCENA PRIMERA.

Aparece en la casa SERRA, recostado en una silla cerca de la ventana, y en la plaza multitud de gente del pueblo con panderetas, guitarras y trozos de tea ardiendo; TALLAFERRO, EL GUERXU, Y FADRI confundidos entre todos: mucha animacion y alegría: es de noche.

HOM. 1.° ¡Que viva el señor San Juan!
TODOS. ¡Viva!
HOM. 1.° Viva la verbena
y que aquesta noche buena
de á todos los buenos pan.
HOM. 2.° Y no hay que olvidar el vino
para fabricar la masa,
pues con pan solo, es escasa
la felicidad.
HOM. 1.° ¡Pollino!

no sabes á lo que infiero
de Dios comprender la ley.
Déte pan barato el Rey
y si en él ahorras dinero,
con las sobras comprarás
vino, carne y lo que quieras.

TALLAF. ¡Esas sí que son quimeras!
¡El Rey! ¿Cuándo lo verás?
¿Ha venido á Barcelona?
¿No es don Juan de Colmenar
quien pretende gobernar
cual si ciñera corona?
¿No nos oprime y nos veja
y como á esclavos nos trata
y cual mulos de reata
á palos nos apareja?

HOM. 1.° ¡Chist!... ¡Silencio!

TALLAF. ¿A qué callar
si son mis dichos certeros?
¿No digo bien, compañeros?

TODOS. Sí, sí.

HOM. 1.° No conviene hablar
porque escuchan las paredes. (Con misterio.)
Mira esa casa... y prudencia. (Por el palacio.)
Allí habita su escelencia.

TALLAF. ¿Y bien, qué?...

HOM. 1.° Que decir puedes
cosa que te comprometa,
y cuando estés descuidado
puedes purgar el pecado
de tener lengua indiscreta.

TALLAF. Es decir...

HOM. 1.° Que solamente
tratemos hoy de reirnos,
de beber y divertirnos.
Vamos á buscar la gente
y á bailar una gorrona....

TODOS. Sí, sí, vamos.

HOM. 1.° (Al que lleva el pandero) ¡Eh! ¡Beltran!
¡con brio! ¡Viva San Juan!

TODOS. ¡Viva!... ¡Viva Barcelona!
(Se van todos cantando y tocando.)

ESCENA II

FONTANELLAS Y TRISTAN.

FONTAN. Gracias á Dios que se fueron,
que por cierto me cansaban.
TRISTAN. Mala noche has elegido
para ir á pelar la pava.
FONTAN. ¿Porqué?
TRISTAN. Porque no verás
á la dueña de tu alma.
¿No conoces que á estas horas
la gente está de jarana
para destripar pellejos,
comer sendas butifarras,
destrozar frutas, legumbres,
bailar, cantar y hacer zambra?
¿No divisas desde aquí
esa multitud apiñada
que no cesa de dar vueltas
por callejones y plazas
y que te sorprenderá
cuando en amorosa plática
digas á Elvira, «mi dueño»
y ella te diga «mi alma?»
¿No reparas...?
FONTAN. Solo veo
que si al punto no te callas,
me van á decir tus lomos
si es de buen temple mi espada.
TRISTAN. Alto; quedo convencido:
á tales razones no halla
réplica mi boca, y quedo
como si fuera una estátua.
(¡Qué amoroso es mi señor!
Si digo mas, desenvaina
y ¡plam! me hace caballero,
ó ¡pif! cual toro me ensarta!)
FONTAN. Llega veloz á esa reja
y haz la seña concertada.
TRISTAN. Voy allá; y Dios quiera que

no me hagan otra en la espalda.
(Va á la reja 1.ª del palacio y dá tres golpecitos.)

ESCENA III.

Dichos y LUCIA á la reja.

LUCÍA. ¿Quién es?
TRISTAN. Yo.
LUCÍA. ¿Tú aqui, Tristan?
TRISTAN. Yo que me pongo á tus plantas,
por no decir á tus piés,
que planta es mas delicada
y pie es cosa muy comun
y menos fina que planta.
LUCÍA. Siempre con ganas de broma.
TRISTAN. Pues no me sobran las ganas,
porque hoy tengo mal humor
y me pesa la embajada.
LUCÍA. ¿Cuál?
TRISTAN. Nada; que mi señor
se ha empeñado en armar plática
con tu señorita y quiere
que la avises sin tardanza.
LUCÍA. ¡Ay! no puede ser, Tristan;
mi señorita se halla
arriba en el oratorio;
mi señor cerca trabaja;
tendria que atravesar
doña Elvira por la sala
en que esta su padre y puede
que sospeche...
TRISTAN. Nada, nada;
si ella quiere, bajará
aunque alli estuviere el papa,
que es mas que padre, de fijo,
pues santo además le llaman.
LUCÍA. Voy á ver, mas no confio...
TRISTAN. Anda, Lucia, y Dios haga
que tus luces no me enciendan
mas la luz que aquí en el alma
luce, al ver esos luceros

que luz luciente derraman.
LUCÍA. ¡Anda, embustero!...
TRISTAN. Lo dicho;
y que mi lengua es bien franca.
LUCÍA. Pues bien, voy; pero vosotros
alejáos de la casa
por media hora, no os vean;
y en cuanto sea pasada,
venid, que aquí doña Elvira
estará conmigo.
TRISTAN. Basta;
véte y llévate entretanto
este beso que...
(La va á besar y ella cierra por dentro de pronto.)
LUCÍA. Mañana.

ESCENA IV.

FONTANELLAS y TRISTAN.

TRISTAN. Bien, me dejó sin narices,
pero si no me las paga...
FONTAN. ¡Tristan! (Bajando del fondo.)
TRISTAN. Ha sido accion perra..
FONTAN. ¡Tristan!
TRISTAN. Que tendré grabada..
FONTAN. ¡Tristan!...
TRISTAN. En el corazon. (Fontanellas le dá un puntapié.)
¡Esto solo me faltaba!
¡Por delante y por detrás!...
FONTAN. ¿No oias mi voz, canalla?...
TRISTAN. La voz, no señor; el pié
mucho mas que deseára.
FONTAN. Vamos, basta de sandeces.
¿Qué te ha dicho la criada?
TRISTAN. Que dentro de media hora
á la reja estés sin falta
y se hallará su señora
esperando.
FONTAN. Muy lejana
al separarnos de aquí
no encaminaré mi planta,

pues sintiera hasta un segundo
pasar sin verla.

TRISTAN. A la playa
nos llegaremos á ver
si la gente está animada.
¿No os parece?

FONTAN. Sí, sí, vamos. (Andando.)

TRISTAN. ¡Voy á hacerle á un porron salva
para curar mis narices
y el... reverso de mi panza!
¡Ay San Juan! Dáme tú acierto
para hallar vino... sin agua. (Vanse.)

ESCENA V.

FADRÍ, á poco TALLAFERRO, luego EL GUERXU.

(Los tres embozados en sus mantas.)

FADRÍ. Gracias á Dios que han abandonado el sitio; creí que no se iban á marchar en toda la noche; no he conocido á ninguno de los dos, pero jurára que eran cadells por el desprecio y la altaneria que demuestra el mas gallardo! ¡Raza aborrecible! Cuándo llegará el dia en que pueda vengar como deseo á... ¡Viene gente! importunos...

TALLAF. Si no me engaño... (Que le ha estado observando.) ¡Sí, él es!... ¡Capitan!

FADRÍ. ¡Tallaferro! ¿eres tú?...

TALLAF. Sí, yo soy.
(Un hombre embozado entra recatándose en el palacio.)

FADRÍ. ¿Y los otros?

TALLAF. No he visto á nadie.

FADRÍ. La hora se acerca.

TALLAF. ¿Pero á qué es esta llamada?

FADRÍ. Ya lo vereis.

TALLAF. Allí hay un bulto que parece que se recata de nosotros... Amigo... (Yendo á él resueltamente.)

GUERXU. Yo.

TALLAF. ¡Guerxu!...

GUERXU. Sí.

FADRÍ. ¿Y doña Juana?

GUERXU. Pronto.
TALLAF. ¿Vendrá?
GUERXU. Sí.
FADRÍ. ¿A dónde?
GUERXU. Adentro. (Señalando á la casa.)
FADRÍ. Vamos.
GUERXU. Alto. (Va á la reja y hace una seña que sí puede ser imite el canto del buho.)
SERRA. ¿Eh? ¿qué?... me pareció... (despertando.) ¿si me habré engañado..? no lo creo... sin embargo... (Vá á la ventana.)
GUERXU. Torpe! (Repite la seña)
SERRA. ¡Ah! ellos son! (Contesta y vá á abrir la puerta del fondo.)
GUERXU. ¡Yá!
FADRÍ. Entremos. (Dan la vuelta y entran en la casa.)
SERRA. Adelante, amigos. (Va dándoles las manos.)
FADRÍ. Buenas noches, Tut.
TALLAF. Dios te guarde.
GUERXU. Sea.

ESCENA VI

Dichos, COLMENAR con capa larga y EL EMBOZADO, que salen del palacio; salen al entrar los otros en la casa.

COLMEN. ¿Y tú los conoces?
EMBOZ. No, señor.
COLMEN. Bien; pues yo sabré quiénes son. Dentro de media hora has de tener cercada la casa, has de dejar entrar á todos los que vayan; salir ninguno; que nadie te vea; silencio y prontitud; tu cabeza me responde del éxito.
EMBOZ. Señor...
COLMEN. Lo dicho; vete. (Vase el embozado por detrás de la casa.) ¡Narros miserables; yo destruiré vuestras inmundas guaridas y haré olvidar hasta la existencia de vuestros nombres; todos caereis en mi poder y el dia que vea balancearse el cadáver del último de vosotros en la horca, será el mas feliz de mi vida. ¡Las (Se oyen las doce de un reloj de torre.) doce! Vamos á dar que hacer al verdugo. Rondemos la ciudad y hagámonos guardia á nosotros mismos.

ESCENA VII.

SERRA, FADRÍ, GUERXU y TALLAFERRÓ en la casa.

SERRA. Amigos; ya sabeis que hace diez años perdimos á nuestro valiente capitan don Juan de Serrallonga; desde aquel dia, ni uno de nosotros se ha entregado al descanso, sin haber jurado esterminio á esos infames cadells que nos persiguen como fieras y que tratan al pueblo peor que tratar pudieran á miserables perros Ha llegado el dia de declararles una guerra sin tregua ni descanso: una guerra de desolacion y luto; una guerra mas cruel que la que en estos últimos años nos han hecho.

FADRÍ. Sí, harto hemos sufrido, harto hemos soportado el pesado yugo de hierro que han puesto sobre nuestros cuellos. Unámonos de una vez para combatir contra esos infames.

TALLAF. Prontos estamos todos. Las Guillerías están hirviendo en furor y deseando sus valientes hijos que se presenten jefes que los lleven al campo, á las ciudades para derrotar á los cadells donde quiera que los encuentren.

GUERXU. Sí.

SERRA. Desde el dia en que fuí preso con nuestro desgraciado capitan por sospechas de haber asesinado al infame don Cárlos de Torrellas.....

FADRÍ. No, lo maté yo, y si fuera posible que tuviese veinte vidas, veinte veces le buscára, esponiendo la mia, y otras tantas le hundiera mi cuchillo en su corazon.

SERRA. Bien, Fadrí, bien; yo haria lo mismo.

TALLAF. Y yo.

GUERXU. Tambien.

SERRA. Oid; desde el momento en que fuí preso y en que consideré que pagaria con la vida la amistad que profesé á don Juan de Serrallonga, perdí toda esperanza: yo iba á subir despues de él al cadalso sin haber cometido mas crímen que el de haberle profesado una ciega amistad y respeto. Don Juan de Colmenar mandó asesinarme en el calabozo, no encontrando pruebas para hacerme comparecer ante un tribunal; ya el

verdugo tenia el brazo levantado contra mí, que me hallaba aherrojado inhumanamente, cuando el infortunado don Salvio de Fontanellas, gobernador de Barcelona, penetró en el calabozo y me arrancó de las manos de mi verdugo para ponerme en libertad, diciéndome: «Salvé al Fadrí de Sau, te salvo á ti, y salvaré á todo hombre de bien que haya obtenido la amistad de Serrallonga; es su último deseo y siempre lo cumpliré.»

FADRÍ. Es verdad. ¡Noble corazon! él me dió una órden de libertad, cuando pudo haber firmado mi sentencia. ¡Pobre jóven! mal podia imaginar que tan pronto seguiria á nuestro capitan.

SERRA. Sí, un mes no habia pasado todavía, cuando una mañana al salir yo de casa, me dijeron que se habian hallado tres cadáveres cerca del convento de Santa Clara; el uno era el de don Salvio, cosido á puñaladas; los otros se conocia eran dos de sus asesinos, á los cuales mataria defendiéndose...

FADRÍ. ¿Y eran narros?

SERRA. Ninguno de los nuestros les conoció; antes bien se supuso fuera una venganza indigna de Colmenar, envidioso de que le hubiesen pospuesto en el nombramiento de gobernador de Barcelona, dado á favor de don Salvio.

FADRÍ. Sí, y eso será lo cierto. Colmenar es un infame y él será responsable ante Dios de esa vileza mas; no lo dudo. (Empiezan á verse soldados y alguaciles que pasan recatándose y van á ocupar las esquinas de las calles, pero desapareciendo de la vista del público.)

SERRA. Hoy es el aniversario de la noche en que un juramento nos ligó á todos en el panteon de la casa de Serrallonga en el pueblo de Caróz. ¿Sabeis lo que juramos?

FADRÍ. Esperar.

SERRA. ¿Cuánto tiempo?

FADRÍ. Ocho años.

SERRA. ¿Hacia dos que habia muerto don Juan?

FADRÍ. Sí.

SERRA. ¿Quién os exigió aquel juramento?

FADRÍ. Doña Juana.

SERRA. ¿Le habeis cumplido?

FADRÍ. La memoria de nuestro capitan y la voluntad de su

viuda nos ha dado paciencia para ello.

SERRA. ¿Para dónde quedásteis citados?

FADRÍ. Para esta noche en tu casa.

SERRA. ¿A qué hora?

FADRÍ. Entre doce y una.

SERRA. Las doce han dado.

FADRÍ. ¿Vendrá doña Juana? (Llaman á la puerta de un modo particular.)

SERRA. Ella misma te contesta.

FADRÍ. ¿Es ella quien llama? (Con alegría.)

SERRA. Es su seña. Voy á abrir. (Abre.)

ESCENA VIII.

Dichos, DOÑA JUANA y DON JUAN, que queda oculto detrás de la puerta hasta su tiempo.

SERRA. Buenas noches, señora... Seais bien venida á esta vuestra pobre casa.

JUANA. Gracias, Serra. Bien hallados, amigos.

FADRÍ. ¡Señora!... (Va á hablar y se le saltan las lágrimas.)

JUANA. Fadri, mi cariñoso (Llorando pero conteniéndose.) y verdadero amigo... ¿llorais? ¡Ah! teneis razon. Siempre que nos vemos despues de alguna, aunque corta ausencia, se presenta á nuestra imaginacion el último momento de mi querido y desgraciado esposo: aquella cruel despedida que tan fija se halla siempre en mi imaginacion; aquel terrible (Con ardor creciente.) instante en que le perdi para siempre; aquel golpe cruento y desgarrador que separó su cabeza del tronco, haciendo correr la sangre que desde el cadalso vino á inyectar mis ojos, cual un velo que sólo pudo disipar por el momento la terrible venganza que durante dos años me ayudásteis á ejercer contra esos infames que me lo asesinaron sin piedad... ¡Ah! ¡Juan mio! ¡Juan de mi corazon!... (Cae desfallecida llorando en una silla que la pone Serra: quedan rodeándola todos con cariño. Pausa.)

FADRÍ. Señora... por piedad... no... (No puede hablar de emocion.)

SERRA. Llorad, señora; dad libre rienda al dolor; llorad si eso os consuela; pero tú, Fadrí, acuérdate de lo que hemos hablado, y en lugar de verter lágrimas, sé hom-

bre y narro; don Juan murió hace diez años y entonces le pagamos todos el tributo debido á su memoria. Don Juan murió asesinado por esos infames cadells; los cadells existen; ó ellos ó nosotros estamos demás en el mundo. Caigan pues, ó perezcamos como los hijos de Numancia. Esta es mi opinion.

TALLAF. Y la de todos.

GUERXU. Si.

FADRÍ. Dispensadme, compañeros, un momento de debilidad que no me avergüenza, por ser consagrado á tan digno objeto. Pagada mi deuda de cariño á su memoria, vuelvo á ser el Fadrí de Sau, el narro invariable y el vengador de don Juan.

JUANA. Gracias, amigos. (Levantándose animada.) Ya que os encuentro tan decididos, quiero cumplir el deber que me he impuesto. Antes de comprometeros en una nueva lucha, ¿estais bien resueltos á combatir contra los cadells?

SERRA. ¿Que si estamos resueltos? ¿Y vos nos lo preguntais?

FADRÍ. Meted á un tigre en una jaula; tenedle sin comer dos dias y luego antes de darle libertad, enseñadle por la verja de hierro una presa, dará un rugido al verla; echádsela entonces y la destrozará y la devorará hasta que no quede vestigio de ella; pues bien, figuraos que nosotros, los narros, somos tigres y los cadells la presa que durante ocho años ha estado siempre delante de la jaula burlándose de nuestro furor; ¿qué haremos cuando esta se nos abra?

GUERXU. Matar.

JUANA. ¿Y si yo os pidiera que cejarais en vuestro empeño?

SERRA. ¿Qué?

TALLAF. ¿Cómo?

FADRÍ. ¿Qué decis? ¿he oido mal? hablad...

JUANA. ¿Si yo os dijera, renunciad á vuestra venganza?...

FADRÍ. Imposible, señora.

SERRA. Tanto valdria matarnos. Pues qué, ¿podríamos vivir ya sin la esperanza de destrozar á ese bando insolente? ¿Podríamos olvidar lo mucho que nos han hecho sufrir? ¿Podriamos dejar sin venganza á nuestros infelices compañeros que menos pacientes que nosotros, se atrevieron á contrarestar el poder de los cadells, pereciendo casi todos inhumanamente por sustentar

su buena causa? No: la hora de la justicia ha llegado: vos no podeis exigirnos mas de lo que hemos hecho: ¿son pocos ocho años de un contínuo esperar? Por nuestro juramento hemos estado ociosos: vos teneis la llave de nuestras voluntades: vos no podeis querer tan mal á vuestros hijos, exigiéndoles mas de lo que pueden hacer. ¿No es cierto, compañeros?

TODOS. Sí.

FADRÍ. Antes la muerte que ceder. O ellos, ó nosotros; elegid.

JUANA. Vosotros, hijos, vosotros. (Con grande espansion.) No puede mi corazon resistir el fuego de vuestras justas recriminaciones; al oiros mi imaginacion me recuerda los dolores que he sufrido, lo infeliz que me han hecho esos malvados, la desgraciada muerte de mi querido esposo, y á mi pesar siento inflamarse mi sangre, anhelando la destruccion de nuestros enemigos.

FADRÍ. ¡Ah! ¡eso es! así os quiero ver: firme y valiente, cual en los buenos tiempos en que erais nuestro capitan.

TALLAF. ¿Hoy lo seréis de nuevo, no es verdad?

SERRA. ¿Y cómo nó? ¿pudiera negarse á ello?

JUANA. Sí, me niego.

TODOS. ¿Cómo? ¿porqué?

JUANA. Porque otro con mas derecho que yo os llevará al combate.

SERRA. ¿Y quién es ese otro?

NIÑO ¡Yó! (Apareciendo en medio del foro.)

TODOS. ¡Un niño!

NIÑO. Sí, un niño, ya lo veis; pero que siente latir en su pecho un corazon de gigante; un niño, tanto mas fuerte, cuanto se ha educado en la escuela de la desgracia: un niño, que hoy se presenta á vuestros ojos con un nombre que hace latir vuestros corazones; un niño que se llama don Juan de Serrallonga.

TODOS. ¡Serrallonga!

FADRÍ. ¡Cómo, señor, vos! ¡Vos aquí! ¡Ah! perdonadme, perdonadme no haberos reconocido, mi ilustre ahijado.

SERRA. ¿Cómo?

FADRÍ. Sí, lo es y aseguro por mi nombre que es un gallardo mancebo.

NIÑO. Gracias, padrino. (Dándole la mano.)

JUANA. Sí, este es mi hijo: ocho años le he tenido en Francia inculcando en su corazon los sentimientos que hacian

latir el de su padre, y este es el que os presento hoy que se ha cumplido el plazo que os pedí, para preguntaros, ¿le queréis por vuestro capitan?

TODOS. Sí. (Con entusiasmo.)

NIÑO. Gracias, amigos, gracias; yo corresponderé á esa justa confianza llevándoos á combatir contra esos infames cadells; haciéndoos quedar triunfantes sobre ellos, ó pereciendo al defender tan noble causa. ¿Juráisme obedecer en todo las órdenes de mi querida madre?

SERRA. Y las vuestras, señor. ¿No es verdad?

TODOS. Sí. (Con entusiasmo.)

JUANA Pues separémonos ya; que las sombras de la noche envuelvan nuestros proyectos, hasta que llegue el dia de poner por obra nuestros planes.

NIÑO. Dentro de tres dias, en Caróz, en la casa de mis gloriosos padres.

SERRA. Hasta dentro de tres dias.

JUANA. Marchemos; no quisiera que me viesen en Barcelona.

SERRA. Pues no salgais por esa puerta, porque estando la gente en la verbena, sería fácil algun tropiezo. Venid; en la habitacion inmediata y detrás de mi lecho, hay una salida secreta; dá á una caba que conduce fuera de Barcelona; os la enseñaré á todos y con eso podreis entrar y salir por ella, siempre que querais, sin infundir sospechas. Me ví precisado á hacerla cuando Colmenar juró mi perdicion y á ella he debido muchas veces la vida: os acompañaré hasta dejàros en lugar seguro.

FADRÍ. Como quieras.

SERRA. Dejadme cerrar la puerta y la ventana, y ahora, marchemos. (Despues de cerrar.)

NIÑO. Hasta dentro de tres dias. (Con solemnidad.)

TODOS. Hasta dentro de tres dias. (Se van todos por la izquierda.)

ESCENA IX

FONTANELLAS y TRISTAN.

TRISTAN. ¿Pero es posible, señor,
que haya de pagar mi cuerpo
delito que no comete?
¿Soy acaso el relojero

que hace andar el de la torre
con tanta calma? Yo creo
que no, y es una injusticia
que ¡por San Juan! no merezco,
el tratarme á puntapiés,
como si fuera algun perro.

FONTAN. ¿Cómo es posible, vergante,
que pasando tanto tiempo
no llegue á treinta minutos
lo que...

TRISTAN. Señor; ¡por San Pedro!
treinta minutos de amante
cuando espera son eternos,
y cuando á su gusto está
casi no llegan á un credo.
Ya verás como ahora hablando
será el reló mas ligero.

FONTAN. Mira si espera mi amor.
Vé á la reja y llama.

TRISTAN. Vuelo. (Va á la reja y llama quedito.)

ESCENA X.

Dichos, LUCÍA y a poco DOÑA ELVIRA.

LUCÍA. ¿Eres tú?

TRISTAN. Sí, yo so'

LUCÍA. ¿Y tu amo? ¡Ah! ya le veo.

FONTAN. Guarda la calle, Tristan.

TRISTAN. Gran cosa es ser escudero.
Adios, Lucía.

LUCÍA. Adios.

TRISTAN. Voy...
á no estorbar á mi dueño,
y á guardarle, no le guarden
donde el sol no pueda verlo. (Vase fondo izquierda.)

ESCENA XI.

DOÑA ELVIRA Y FONTANELLAS.

ELVIRA. ¡Fontanellas! (Lucía se retira de la reja.)

FONTAN. Sí, yo soy,

aurora del claro dia;
vuelva al pecho la alegría
de que ha carecido hoy,
señora del alma mia.
Yo soy quien siempre anhelante
por gozar este placer,
supo á este punto volver
mas cariñoso y amante
para probar su querer.
Yo, quien mientras tú rezabas
con religioso fervor
y tu oracion con ardor
hasta el Eterno elevabas
en puro y tierno clamor;
por tu calle silencioso
contando el tiempo afanoso
rondaba sin alma y vida,
hasta oir tu voz querida
y mirar tu rostro hermoso.

ELVIRA. Yo tambien con impaciencia
las horas via pasar
muy tristes sin tu presencia,
y con profundo pesar
me quejaba de tu ausencia.
Y si en mi oido sonaba
el rumor leve del viento
que las hojas meneaba,
que era tu querido acento
contenta me figuraba.
Dos veces bajé al jardin
y dos veces me engañé,
y rosa, nardo y jazmin
con mis lágrimas regué
sin que llegaras al fin.
Hora tras hora esperando
y tu tardanza sintiendo,
el dia se iba pasando
é iba la noche viniendo,
é iban mis ojos llorando.

FONTAN. No ha sido la culpa mia;
lo fué de mi obligacion;
con el tercio de faccion

me marché al rayar el dia
para una grave mision.
Todo el dia caminé
por malezas y por valles,
y mi paciencia apuré
hasta que há un hora, las calles
de Barcelona pisé.

ELVIRA. ¿Un encargo grave has dicho?

FONTAN. Sí, muy grave.

ELVIRA. ¡Justo Dios!
Si hay peligro...

FONTAN. ¡Qué capricho!
No han de cavar en mi nicho
los presos.

ELVIRA. ¿Cuántos son?

FONTAN. Dos.

ELVIRA. ¿Y qué han hecho?

FONTAN. No lo sé.
Son dos narros asesinos
sin ley, sin Dios y sin fé
que robando en los caminos
tiempo há que el Ampurdan vé.

ELVIRA. ¡Pobre gente!

FONTAN. ¡Cómo, Elvira!
¿tú los compadeces?

ELVIRA. Sí.
Yo no los miro con ira,
pues pudiera ser mentira
gran parte de lo que oí.

FONTAN. Ellos á mi pobre hermano
asesinaron vilmente.
Salvio, que se mostró humano
con tan temeraria gente,
hubo muerte de su mano.

ELVIRA. No pienses...

FONTAN. Tienes razon.
Perdona, ángel hechicero
un grito del corazon
que subió al labio ligero
en no muy cuerda ocasion.
Hablemos, hermosa mia,
del dia en que te miré

rebosando de alegría
decir: corresponderé
á amor de tanta valía.
Que son tus ojos, brillantes
que lanzan tantos destellos
cuando me miran amantes,
que el alma me dejo en ellos
de dicha en tales instantes.

ELVIRA. Césa por Dios y no más
tus frases turben mi calma,
que si tanto amor me dás,
bien pagado le verás
si te doy gustosa el alma.

FONTAN. Me hizo el cielo poderoso
al darme tu corazon;
por eso yo cuidadoso,
te ofrecí por galardon
el dulce nombre de esposo.
Mas... hablemos de una cuita
que á mi amante pecho altera.

ELVIRA. ¿Dí, qué tienes, qué te agita?

FONTAN. Tu padre, sin mas espera
saber mi amor necesita.

ELVIRA. (Con temor) ¿Y osarás?...

FONTAN. ¿Y porqué no?
Tu amor me dá valentía
para todo y osadía.
¿Qué por tí no hiciera yo?
Menos una cobardía,
todo.

ESCENA XII.

Dichos y TRISTAN.

TRISTAN. Señor, ¡ay San Bruno,
San Marcos y San Sempronio!
¡Señor, que he visto al demonio!...

FONTAN. ¡Eh! ¡no seas importuno!
¿Qué es eso?

TRISTAN. Qué? que allí hay uno,
(Señalando á todas las esquinas y á media voz.)

y allí... ¡ay! ¡estoy en un potro!...

ELVIRA. ¿Qué es? ¿Dí?

FONTAN. Sí, dínoslo luego.

TRISTAN. Que estamos dentro del fuego;
que allí hay otro y allí hay otro,
y otro y otro. ¡Ay! Si mi ruego
llega. Señor, hasta Tí,
acuérdate ¡oh Dios! ¡de mí!

ELVIRA. ¡Ay! ¡yo tiemblo!

TRISTAN. Y yo tambien.

FONTAN. Retírate, pues, de aquí
y nada temas, mi bien.

ELVIRA. Muerta voy.

TRISTAN. Y muerto quedo.

FONTAN. Noche es de broma...

TRISTAN. Y de miedo.

FONTAN. Y broma todo será.

TRISTAN. Que se acercan.

FONTAN. Vete yá.

TRISTAN. Apenas tenerme puedo.

(Fontanellas y Tristan pegado á él se embozan y se retiran á la esquina baja del palacio.)

ESCENA XIII.

Dichos, el EMBOZADO, ALGUACILES y SOLDADOS; á poco COLMENAR y mas SOLDADOS.

El Embozado sale por detras de la casa y llama por señas á los alguaciles que se ponen á escuchar por la reja de la casa izquierda y la puerta haciéndose señas de inteligencia unos á otros.

EMBOZ. ¡Chist! ¡chist!

TRISTAN. ¿Eh?

EMBOZ. ¡Chist!...

TRISTAN. ¡Cómo salen!
alguaciles!...

FONTAN. ¡Torpe, calla!

TRISTAN. ¿Qué buscará esta canalla?
Si los cielos hoy me valen
en tan tremenda batalla
y no me hacen empalar

y me dejan con pellejo,
juro que he de profesar
y ser un monge ejemplar
hasta morirme de viejo.

COLMEN. (Saliendo con soldados y dirigiéndose al embozado) Abrid.

EMBOZ. (Llamando á la puerta de la casa tres veces.)
¡En nombre del rey!

TRISTAN. ¡Cielos! ¡el gobernador!
¡Buena la hicimos, señor!

EMBOZ. (Dirigiéndose á los soldados.) ¡Abrid!
(Pausa.) ¡Ayuda á la ley!

COLMEN. ¡Abajo la puerta!
(Los soldados echan abajo la puerta y entran todos.)

TRISTAN. ¡Horror!

EMBOZ. (A Colmenar.) ¡Señor, aquí á nadie encuentro!

COLMEN. ¡Registrad (Entran en la izquierda.) en esa pieza!...

EMBOZ. (Saliendo.) ¡Ninguno se halla aquí dentro!

COLMEN. ¿Se habrán fugado? ¡Oh torpeza!
¡Pagarás con tu cabeza!

EMBOZ. ¡Señor, cómo puede ser!...
¡Yo estoy inocente! ...

COLMEN. (Furioso, á los soldados.) ¡A ver!
Llevádmele asegurado
á palacio y maniatado!...

EMBOZ. Mas...

COLMEN. Que no le vuelva á ver!...
Yo sabré...

(Los alguaciles se llevan al embozado y Colmenar entra por la puerta izquierda quedando en escena solo la tropa.)

(En el palacio se ve un resplandor rojizo que vá estendiéndose gradualmente hasta parar en un fuego devorador.)

FONTAN. ¡Qué resplandor!...

TRISTAN. ¿Qué sucede?

FONTAN. ¡Dios bendito!
¡Arde el palacio!...

TRISTAN. (Pegando un salto al otro lado desde la pared del palacio donde estaba recostado.) ¡Ay! ni frito
escapo!...

ELVIRA Y LUCÍA. (Desde dentro del palacio.) ¡Favor, favor!

FONTAN. ¡Ese penetrante grito
es de Elvira!...

TRISTAN. (Gritando: empieza á acudir gente.) ¡Fuego! ¡fuego!

COLMEN. (Saliendo de la casa y viendo el fuego. Sigue saliendo gente atropelladamente, de manera que se vea gran movimiento.)
¿Qué es eso? ¡Cielos! ¡mi casa!
¡Abajo esa puerta luego!
¡Que la echeis abajo os ruego!...
(Varios hombres se adelantan y tratan de echarla abajo: los soldados salen de la casa y con las alabardas echan la puerta al suelo á golpes.)

ELVIRA. (Dentro con un gran grito.) ¡Jesus!

COLMEN. ¡Mi Elvira se abrasa!
(Con un golpe violento salta la puerta: se vé el fuego en toda su fuerza.)

FONTAN. (Abriéndose paso por entre todo el grupo de gente que trae azadones y hachas.)
Colmenar, yo salvaré
á vuestra prenda querida.
(Arrojando su capa y espada que recoge Tristan.) ¡Paso!...

TODOS. ¡Fuego!...

ELVIRA. ¡Ay! (Dentro.)

TRISTAN. (Yéndose á un estremo huyendo.) ¡Es perdida!

FONTAN. ¡Paso!
(Lanzándose por medio del fuego y desapareciendo por la puerta derecha.)

COLMEN. Señor, mátame,
pero conserva su vida!...
(Continúa el fuego, se vé pasar á Serra que sube por la escalera; á poco se hunde un trozo de pared y se vé atravesar por una viga ardiendo á Fontanellas llevando desmayada en sus brazos á Elvira. Cuadro animado: las campanas tocan á rebato: el pueblo y los soldados trabajan para apagar el fuego: los alguaciles y otros hombres rodean á Colmenar.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa la parte del palacio de Colmenar que se ha salvado del incendio: muebles de la época, de lujo: puertas laterales y en el fondo balcones en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

LUCÍA y TRISTAN.

TRISTAN. ¿Con que por poco, Lucía,
te convierte en chicharron
el fuego?
LUCÍA. Por mi desgracia.
TRISTAN. ¿Pero cómo se prendió?
LUCÍA. Nadie lo sabe; primero
el cuarto de mi Señor
se vió presa de las llamas
y tambien el pabellon
que habita mi Señorita;
estaba como ella yo
no recobrada del susto,
y susto por cierto atroz
que por vosotros tenia...
TRISTAN. ¿Por nosotros?
LUCÍA. ¿Cómo no,
si me dijo que quedábais,
cual diz que se vió Sanson,
cercados de filisteos?

TRISTAN. ¡Ah! sí, es verdad. Sigue.
LUCÍA. Voy.
En cuanto subió á su cuarto
doña Elvira, con temblor
y espanto sumo, me dijo
vuestra triste situacion;
yo deseosa de saber...
TRISTAN. No fueras mujer sino...
¡Maldita curiosidad!
¡Cuántas!...
LUCÍA. ¡Calla, por favor!
Pues, queriendo averiguar
del lance la conclusion,
iba á bajar presurosa
para inquirir con veloz
diligencia el resultado,
cuando me encuentro... ¡oh dolor!
que estábamos rodeadas
de fuego.
TRISTAN. ¿Y quién lo prendió?
LUCÍA. Si no se sabe; cortinas,
sillerías, tocador,
nuestros lechos, todo ardía
sin consuelo. Un humo atroz
nos ahogaba, y á no ser
por el arrojo y valor
que tu amo por el fuego
atravesando mostró,
fuéramos las dos cadáveres
sin ninguna remision.
TRISTAN. No lo creas, que en la calle
cual nadie gritaba yo
para que á ambas os salváran.
LUCÍA. Y dime, gran camastron,
¿por qué no subiste tú?
TRISTAN. Porque padezco de tós,
y con el humo, es posible
que sufriera una accesion.
Pero dí, tu señorita
se quemó algo que...
LUCÍA. Eso no;
tu amo y otro vecino

de enfrente, con decision
la sacaron y salvarla
consiguieron.

TRISTAN. Mi señor
para lances de esa especie
es mas fiero que un leon.

LUCÍA. Mas aquí se acerca el amo.
Márchate pronto, que no
te vea.

TRISTAN. Si para él traigo
un recado.

LUCÍA. ¿Cómo?

TRISTAN. Soy
enviado-estraordinario
y ministro-embajador. (Se retira un poco.)

ESCENA II.

Dichos y COLMENAR por la derecha.

COLMEN. ¿Estábas aquí, Lucía?
¿Y mi Elvira?

LUCÍA. Casi buena,
y me ha enviado á deciros
que no hayáis miedo por ella.
Pasado el susto, reposa
con sonrisa dulce y tierna.

COLMEN. Pues vete á su lado y dile
que entraré muy luego á verla.

LUCÍA. Voy, Señor. (Vase por la izquierda.)

COLMEN. ¿Y tú, quién eres?

TRISTAN. Un criado de Vuecencia
que pide besar sus manos
y sus piés...

COLMEN. ¿Y qué deseas?

TRISTAN. Vengo en nombre de mi amo
á pediros una audiencia.

COLMEN. ¿Y quién es?

TRISTAN. Señor, el jóven
que con temeridad ciega
salvó anoche á vuestra hija
y tambien á su doncella.

El jóven á quien debeis
la mas adorada prenda
de vuestra alma. El capitan
don José de Fontanellas.

COLMEN. ¡Fontanellas! (Fatal nombre,
siempre fijo en mi conciencia!)
¿Y qué desea?

TRISTAN. Os suplica
llegar á vuestra presencia.

COLMEN. Dile que mi casa es suya
y cuanto se oculta en ella.
Que no ha menester permiso
para venir cuando quiera,
pues quien á mi hija salvó
dueño es de toda mi hacienda.

TRISTAN. Voy á llevarle corriendo
tan satisfactoria nueva.
Que Dios guarde muchos años
la vida de Vuecelencia.

ESCENA III.

DON JUAN, á poco UN CRIADO.

¡Destino, nunca te cansas
de poner mi vida á prueba!
¿Con que el que á mi hija salvó
es don José Fontanellas,
el hermano de don Salvio,
del que entregó la existencia
á manos de los sicarios
que pagó mi única diestra?
¿Con que siempre me he de hallar
ese nombre en la carrera
de mi vida, como lámina
de un crímen que oculta ella?
¿Es acaso atroz castigo
que me dá la Providencia,
para probar el valor
de mi pecho?... ¡Si así fuera,
yo aseguro por mi nombre
que en mí hallará fortaleza!

No ha de ver en mi semblante
la mudanza mas pequeña,
ni del crímen que me abruma
saldrá á sus ojos la muestra.
Venga cuando quiera, sí,
don José de Fontanellas:
cruzaránse nuestras manos
con la amistad mas sincera.

CRIADO. (Saliendo por el fondo.) Señor, un hombre pretende
presentarse á Vuecelencia.

COLMEN. ¿Quién es?

CRIADO. Yo no le conozco.

COLMEN. Está bien; que entre y despeja. (Aparece Serra en el fondo.)

ESCENA IV.

COLMENAR Y SERRA.

COLMEN. Adelante. ¿Qué pretendes?

SERRA. Señor, justicia reclamo.

COLMEN. ¿De qué y contra quién? Concluye.

SERRA. ¿De qué? de haberme robado
lo poco que poseía
con vileza y con engaño.
¿Contra quién? Voy á decirlo;
contra los mismos soldados
que ayudados de alguaciles
echaron la puerta abajo
de la casa que yo habito
en frente de este palacio.

COLMEN. ¿Cómo? ¿Eres tú acaso el huésped
de esa cobacha?

SERRA. Escusado
es repetiros que sí;
de todos vuestros lacayos
soy conocido, y por cierto
que os dirán al preguntarlos
que el catalan Simon Roig
ha sido, és, y será honrado.

COLMEN. ¿Y te quejas?...

SERRA. De violencia;
¿porqué ha sido sin reparo

de ninguna especie, abierto
mi hogar y desmantelado?
¿Por qué culpa ahora me encuentro
sin albergue y sin trabajo? (Movimiento de Colmenar.)
Sin trabajo, sí; pues quedo
sin rejas y sin arados.
Díganme en qué he delinquido
para autorizar tal paso;
que me juzguen en buen hora
si creen que yo he faltado
á los sagrados deberes
que tiene cada vasallo:
que me digan el delito
que me achacan, que yo cargo
con todas las consecuencias
y todos los resultados;
pero guarden igualmente
los derechos sacrosantos
que debe tener la ley
con todos los ciudadanos;
no se atropelle un hogar
cuando ausente esté su amo;
respete al pobre en su casa
cual el rico es respetado,
que los bienes de fortuna
ante la ley son en vano;
esta es cual Dios; no la vencen
riquezas, brillo ni fausto;
ante ella todos iguales,
ante Dios todos hermanos;
quien falta á ella, falta á Dios
y á sus preceptos sagrados.

COLMEN. ¿Has concluido?

SERRA. Sí á fé,
Señor.

COLMEN. Muy bien; te he escuchado
sin quererte interrumpir,
porque me era necesario
conocer bien el delito
de que te vienes quejando.
Mas puesto que ya te oí,
escúchame y ten cuidado.

SERRA. Ya escucho, Señor.
COLMEN. Anoche
varias personas entraron
en tu casa y no salieron
por la puerta. Vigilando
estuvieron en la calle
los alguaciles, y...
SERRA. Acaso
se engañarian... por fuerza;
¿tiene otra puerta mi cuarto
para salir sin ser vistos?
COLMEN. No; pero...
SERRA. Pues está claro;
sin duda algun envidioso
de mi libertad, ansiando
ponerse bien con Vuecencia
tal enredo me ha fraguado.
Anoche, Señor, despues
de dar las doce, llegaron
unos parientes que tengo
á buscarme, para un rato
pasear por la verbena
con ellos y echar un trago
en gracia de ser la noche
de San Juan; no habian pasado
diez minutos, cuando todos
salimos de casa, y dando
un paseo por la playa,
á casa de mi cuñado
nos fuimos, donde la cena
ya nos estaba esperando.
Allí juntos estuvimos,
hasta que voces notamos
que decian ¡fuego! ¡fuego!
con temor y sobresalto.
Al preguntar dónde es
y oir que en vuestro palacio,
vengo corriendo; las llamas
devastadoras, quemando
la habitacion de vuestra hija
iban yá.
COLMEN. ¡Recuerdo aciago!

SERRA. En tan apurado trance
á la escalera me lanzo;
llego hasta su habitacion
por entre el fuego cruzando,
y me la dá un caballero
que ya la sacaba en brazos.
Él y yo hasta vuestros piés
la condujimos, quedando
ella sin sentido en tierra
y vos gozoso á su lado.

COLMEN. ¿Cómo? tú fuistes el que...

SERRA. Yo.
Y aun hice mas; pues no estando
satisfecho si moria
alguno del resultado
de mi arrojo, atravesé
los tizones incendiados,
salvé al que estuvo en peligro,
y con voces animando
á los que allí se encontraban,
logré ver pronto apagado
el fuego que ya envolvía
la mitad de este palacio.

COLMEN. Gracias te doy con el alma.

SERRA. Y cuando todo acabado
se hallaba, vóime á mi casa
y me encuentro que mi cuarto
había sido en mi ausencia
completamente robado.
Pregunto y me dicen que
alguaciles y soldados
saltaron la cerradura
dejándolo abandonado
despues, y durante el fuego
ladrones sin duda entrando,
me robaron mi pobreza
dejándome sin amparo.

COLMEN. Nada tienes que temer;
quédate ahora á mi lado
y nada te faltará.

SERRA Gracias, Señor. (Aparte.) Ya he logrado
mi objeto. (Alto.) Si mis servicios...

COLMEN. La casualidad aplaudo
que te ha traido, y prometo
no olvidar tu arrojo bravo.
SERRA. Ponedlo á prueba y vereis.
COLMEN. Pronto será necesario.
Retírate y véme luego.
SERRA. En esa antesala aguardo.
(¡Gracias, Dios! más que pedia
benigno me has otorgado.
¡Ah! ¡Don Juan! ¡tiembla! tu vida
desde hoy está entre mis manos.) (Vase.)

ESCENA V.

COLMENAR, UN CRIADO.

CRIADO. Señor, este parte acaban de traer.
COLMEN. Dámelo; veamos qué me anuncian. (Lée.) «Señor Gobernador; acaba de ser preso un hombre sospechoso, el cual vagaba anoche por los alrededores de palacio; acabo de enviarle á vuestra presencia por si quereis interrogarle.» Sí, al momento.—Que traigan inmediatamente al preso y que avisen á mi secretario.
CRIADO. No ha venido todavía, Señor.
COLMEN. Pues cuando llegue, que pase á mi despacho.
CRIADO. Bien está.

ESCENA VI.

COLMENAR, á poco EL GUERXU y dos alguaciles. SERRA en el foro izquierda al paño.

COLMEN. Veamos á ese hombre; si tiene parte efectivamente en el fuego de anoche, pagará con la vida su detestable crimen.—Adelante. (Entran los dichos.)
SERRA. (¿Qué es lo que veo? ¿El Guerxu preso? ¿Qué significa esto? ¡Felizmente estoy yo aquí!)
COLMEN. ¿Quién eres?
GUERXU. Labrador. (Con idiotéz fingida.)
COLMEN. ¿Cómo te llamas?
GUERXU. Pedro.
COLMEN. ¿El apellido?

GUERXU. Barch.
COLMEN. ¿Dónde has sido preso?
GUERXU. Campo.
COLMEN. ¿Te estás burlando de mí? Responde con claridad á mis preguntas.
GUERXU. Bueno.
COLMEN. ¿Dónde estuviste anoche?
GUERXU. Paseando.
COLMEN. ¿Hasta qué hora?
GUERXU. Doce.
COLMEN. ¿A dónde fuiste entonces?
GUERXU. Casa.
COLMEN. ¿A dónde habitas?
GUERXU. Enfrente. (Señalando por el balcon de la derecha.)
COLMEN. ¡Cómo! ¿vives allí?
SERRA. (¿Qué dice?)
GUERXU. Sí.
COLMEN. ¿Eres amigo del dueño?
GUERXU. Mucho.
COLMEN. ¿Cómo se llama?
SERRA. (¡Es perdido! ¡y yo tambien!)
COLMEN. Responde.

ESCENA VI.

Dichos UN CRIADO y FONTANELLAS.

CRIADO. ¿Señor?
COLMEN. ¿Qué es eso?
CRIADO. El capitan don José de Fontanellas pide permiso para veros.
COLMEN. Que pase.—Retiraos. (A los alguaciles.)
CRIADO. Este pliego han traido.
COLMEN. Dáme. (Serra aprovecha el momento en que se van los alguaciles y que don Juan abre el pliego, y acercándose al Guerxu le dice rápidamente el aparte desapareciendo en seguida.)
GUERXU. (¡Ah!) (Con alegría al ver á Serra.)
SERRA. (¡Calla! Simon Roig, labrador.) (Vase.)
GUERXU. (¡Bueno!) (Respirando con alegría.)
COLMEN. (¡Un niño! (Despues de haber leido el pliego.) ¿Cómo puede ser?.. Sin embargo, á veces los hombres se valen de una criatura para ejecutar un crímen.. ¡Yo averi-

guaré si es verdad!.) (Levántase y sale á recibir á Fontanellas.)

FONTAN. ¡Señor Gobernador!...

COLMEN. Llegais á tiempo, señor de Fontanellas, para que os digneis admitir las mas espresivas gracias por vuestro noble comportamiento y arrojo y para que me ayudeis con vuestras luces á descubrir lo que estoy en camino de averiguar!...

FONTAN. Permitid que no admita las gracias que quereis darme, sino á nombre del cumplimiento de mi deber; deber doblemente justo, al tratarse de la preciosa vida de doña Elvira; en cuanto á lo segundo, poco es lo que mi entendimiento alcanza, pero así y todo estoy á vuestra disposicion.

COLMEN. No se cómo agradecer tantos favores... Tened la bondad de sentaros, y me ayudareis á interrogar á ese imbécil, cuyo cerebro parece que no puede combinar dos frases seguidas.

FONTAN. Estoy á vuestras órdenes. (Se sienta al otro lado de la mesa.)

COLMEN. Acércate. (Al Guerxu que se ha quedado junto al foro.) ¿Te habia preguntado cómo se llamaba el dueño de aquella casa?

GUERXU. Sí.

COLMEN. ¿Y bien?

GUERXU. Simon.

COLMEN. ¿Apellido?

GUERXU. Roig. (Respirando con fuerza.)

COLMEN. ¿De oficio?

GUERXU. Labrador.

COLMEN. ¿Dónde te hallabas anoche cuando se prendió fuego á este palacio? ¿porque tú sabrás que ha sido presa de las llamas?

GUERXU. Sí. (Con alegría disimulada.)

COLMEN. ¿A dónde te encontrabas?

GUERXU. Playa.

COLMEN. Seguidle interrogando, caballero Fontanellas. ¡Hola! (Subiendo al fondo: sale el criado al cual da Colmenar una órden.)

FONTAN. ¿Cuándo has sido preso?

GUERXU. Hoy.

FONTAN. ¿A qué hora?

GUERXU. Cuatro.

FONTAN. Cuando anoche oiste las campanas tocar á fuego, ¿viniste á este palacio?

GUERXU. Sí.

FONTAN. ¿A prestar tu ayuda para apagarlo? (Guerxu no contesta y se encoge de hombros.) Responde.

GUERXU. Sí. (De modo que se conozca lo contrario.)

FONTAN. Tus palabras envuelven ó una doble intencion ó una imbecilidad estremada. ¿Porqué has sido preso?

GUERXU. (Le mira fijamente y se encoge de hombros.)

FONTAN. Imposible sacarle dos palabras.

ESCENA VII.

Dichos, SERRA, á poco EL CRIADO y luego EL NIÑO, á quien traen dos alguaciles.

COLMEN. Venid; decidme, ¿quién es ese hombre?

GUERXU. ¡Simon! (Fingiendo sorpresa al verle.)

SERRA. Pedro Barch, señor, un infeliz idiota á quien yo tenia recogido por caridad, y á quien no habia vuelto á ver desde anoche á las doce.

COLMEN. ¿Y tú respondes de su persona?

SERRA. Con mi cabeza. ¿Pero cómo es que se halla aquí?

COLMEN. Por sospechas: el jefe de las rondas de noche dice haberle visto vagando por las cercanías de este palacio, y aun asegura que á la misma hora que el incendio estaba en su mayor fuerza, se hallaba recostado en la esquina de esta calle sin querer tomar parte para apagarlo como todos los demás.

SERRA. Eso se comprende desde luego; el pobre no tiene fuerza ninguna y no hubiera servido de nada en aquella ocasion; en cuanto á que rondaba la calle, tampoco es estraño, porque vive en frente de este palacio en mi compañía. En fin, señor, creo que yo trabajé por los dos y espero que le será perdonada su poca actividad, en consideracion á su falta de juicio.

COLMEN. Está perdonado; solamente deseo que me diga si conoce á una persona que le mostraré.

SERRA. (¡Otro careo! ¡malo!)

FONTAN. ¿Quién es?

COLMEN. Vais á verla ¡Hola! (Aparece el criado.) Que pase. (Vase el criado.)

SERRA. (¿Quién será? ¡Serenidad!)

COLMEN. (Si se turban, ellos tienen parte en el crimen de esta noche.) Ya se acerca. Vuélvete de espalda. (al Guerxu.) (Entra el niño. Serra no puede contener una ligera esclamacion que pasa desapercibida, porque al momento se repone y muestra serenidad.)

SERRA. (¡Ah!)

COLMEN. Mira. (Guerxu se vuelve y al ver al niño queda inmóvil: el niño permanece impasible y se vuelve hácia Colmenar y Fontanellas.)

GUERXU. (¡Dios!)

COLMEN. ¿Le conoces?..... (¡ No se turban !)

SERRA. (¡Cielos, dadle serenidad!)

GUERXU. No. (Con firmeza.)

COLMEN. ¿Y tú? (A Serra.)

SERRA. Tampoco.

COLMEN. Bien... (¿Serán inocentes?) (A Fontanellas.)

FONTAN. (Así lo creo.)

SERRA. (Al Guerxu rápidamente y separándose en el acto.) (¿ Quién ha pegado fuego al palacio?...)

GUERXU. ¡Yo! (Con fiera complacencia.)

COLMEN. ¿Quién eres? ¿es verdad lo que me dicen en este aviso (Al niño indicándole el segundo que ha leido.) que tú has tenido parte en el incendio de esta noche?

NIÑO. No, pero puedo haceros saber quiénes han sido sus autores.

COLMEN. ¿Cómo?

FONTAN. ¿De veras?

NIÑO. Sí señores; yo sé dónde se ocultan, pues los encontré en el camino de Badalona y oí su conversacion tendido junto á un arroyo, á donde se pararon á beber agua.

COLMEN. ¿Y qué dijeron?

NIÑO. Que quedaba el palacio ardiendo y que su venganza no sería esa sola; que otros muchos sufririan la misma suerte; esto me dió á conocer que ellos eran los incendiarios, y no sabiendo cómo hacer para presentarme á Vuecencia, busqué al jefe de las rondas y le dije que yo habia tenido parte en el incendio. De esta manera he conseguido mi intento, que era veros, y participaros que dentro de tres dias se reunirán los criminales en número de siete, en Ripoll, en la casa

de un narro llamado Bautista de Valldepons.

COLMEN. ¡Ah, infames! ¡no en vano me figuraba que á ellos debia la desgracia que anoche sucedió!...

FONTAN. ¿Y no pudiste saber los nombres de ninguno de ellos?

NIÑO. Sí señor; el uno era el Fadrí de Sau.

LOS DOS. ¡Fadrí!

NIÑO. Los otros no sé cómo se llaman, porque en el corto momento que yo les escuché, no nombraron á ninguno mas.

COLMEN. ¡Fadrí de Sau! ¡el jefe mas temible de los narros! ¿el que durante ocho años ha permanecido fuera de España ó escondido en lugar impenetrable?

NIÑO. El mismo, Señor.

COLMEN. ¡Ah! pronto caerá en mis manos. Señor de Fontanellas, disponed un escogido tercio de caballos y peones que estén prontos á salir de Barcelona esta misma tarde.

FONTAN. Sereis obedecido.

COLMEN. En cuanto á esta gente... ¿Simon? (Llamándole.)

SERRA. ¿Señor?...

COLMEN. Condúcelos á otra habitacion y ténlos en seguridad hasta mi regreso; quiero volver á interrogarles.

SERRA. Muy bien, Señor.

COLMEN. Tened la bondad de acompañarme, Señor de Fontanellas; dispondremos lo necesario para mi objeto y pasaremos á ver á mi hija, si así os parece.

FONTAN. No es otro mi deseo.

COLMEN. (A Serra.) Ahí fuera tienes alguaciles á quien voy á dar órden de que te obedezcan y te presten ayuda, si la necesitas. En tí confio.

SERRA. Trataré de corresponder á ese favor.

COLMEN. Vamos. (Vase con Fontanellas por el foro de la izquierda.)

ESCENA VIII.

SERRA, el NIÑO, el GUERXU.

SERRA. ¡Ah! ¡respira, corazon!

GUERXU. (Despues de mirar por el foro.) Marcharon.

SERRA. (Al niño.) ¿Señor, cómo os habeis atrevido á meteros en la misma jaula del tigre? ¿Quién os ha aconsejado?

NIÑO. ¿Quién? mi mismo corazon. He venido á Barcelona

desoyendo los ruegos de mi querida madre que me espera en compañía de Fadrí en lugar seguro, con el objeto de dejar á Colmenar mi declaracion de guerra dentro de su mismo palacio y que sepa que soy yo, el hijo de Serrallonga, el que se la ha traido y el que ha estado ante sus ojos.

SERRA. Pero eso era muy aventurado. Pudiera compróméteros la mas leve circunstancia y echar por tierra todo nuestro plan.

NIÑO. No; el corazon me gritaba que mi objeto se veria cumplido. Aquí está; (Saca un pliego, lo abre, saca un puñal atraviesa con él el pliego y luego lo clava en la mesa.) si él vuelve, como ha dicho, á esta sala, será lo primero con que sus ojos tropiecen. Vea en este papel una imágen de cómo ha de estar su vil corazon cuando caiga entre mis manos.

SERRA. Marchemos, Señor; tengo un pensamiento, que es el que me ha traido á esta casa, y necesito comunicároslo.

NIÑO. En verdad que mucho me ha estrañado el verte aquí y la confianza que inspiras á Colmenar. (Con recelo.)

GUERXU. Tambien... (Con desconfianza.)

SERRA. ¿Sospechais de mí acaso? (Con amargura.)

NIÑO. No, nunca; pero aunque venia dispuesto á no sorprenderme por nada, al verte por poco pierdo la serenidad.

SERRA. Mi presencia aquí y el favor con que me tratan, es consecuencia de un plan perfectamente combinado. Pero no me es posible esplicarme en este sitio. Todo os lo contaré esta tarde en el camino.

NIÑO. ¿Cómo? ¿nos vamos?

SERRA. Al momento: necesito seis hombres. Guerxu, búscamelos y que dentro de un cuarto de hora estén á la espalda de este palacio; sin andar cien pasos los encontrarás; diles que trabajas contra los cadells y...

GUERXU. Basta. (Va á marchar.)

SERRA. Espera; es preciso que yo te acompañe para que salgas sin tropiezo. Señor, esperadme en mi casa, que pronto me reuniré con vos.

NIÑO. Pero, ¿no podré saber?...

SERRA. Es imposible, los momentos son preciosos. Siento ruido; es Colmenar; esperadme en esa antesala, pronto, pronto. (Vanse los dos por el foro de la derecha.)

ESCENA IX.

SERRA, COLMENAR y FONTANELLAS.

COLMEN. ¿Y esa gente?

SERRA. En seguridad esperando vuestras órdenes.

COLMEN. Bueno: avisa que dispongan la litera para mi hija, que va á bajar en este instante, y que la conduzcan al palacio del Virey.

SERRA. (¡Ah!!...) Sereis obedecido. (¡Mi plan triunfa!) (Desaparece rápidamente por el foro de la derecha.)

ESCENA X.

COLMENAR y FONTANELLAS.

COLMEN. Con que, Señor de Fontanellas, habladme con la franqueza que deseo y de que os he dado ejemplo, en la confianza de que estando en deuda con vos, quisiera pagárosla con creces, si es posible; pronto estoy á escucharos.

FONTAN. ¡Ah! ¡Señor! esas amistosas palabras me impelen mas y mas á esponeros mi peticion. Escasos son mis merecimientos para atreverme á implorar un favor tan poderoso de vuestra bondad, pero en la situacion presente, mi honor me impone el deber de declararos un secreto.

COLMEN. Hablad.

FONTAN. Teneis una joya que en vano se trataria de buscar otra de mayor precio; una hija digna de sentarse bajo un sólio; un ángel que Dios envió á este mundo para hacer la dicha de cuantos la rodean. Pues bien, Señor, yo, indigno de merecer tan rico tesoro de gracias y de virtud, he osado poner mis ojos en él, y tengo el placer de verme correspondido.

COLMEN. ¿Qué decis?

FONTAN. Noble soy; de mi fortuna no hablo, pues además que sé la conoceis, no es lo que solicito alhaja que se compra con dinero, ni es este un trato de mercaderes.

COLMEN. Es verdad.

FONTAN. Perdonadme ahora si mi lenguaje ha sido demasiado

ligero: el amor en que me abraso impide á mi lengua ser mas retórica y os he hablado con la franqueza propia de un soldado: de vuestros labios pende mi dicha; en vuestras manos está mi felicidad; podeis darme la muerte ó la vida. ¿Qué me respondeis?

COLMEN. Señor de Fontanellas, mucho me honra esa peticion; pero debeis comprender que como padre sea orgulloso y trate de averiguar si ese amor es verdadero y correspondido.

FONTAN. Lo és, señor, lo juro.

COLMEN. Bien; vos lo decis y no dudo de vuestras palabras, pero me dejareis consultar á mi hija y si ella admite...

FONTAN. ¿Me la dareis?

COLMEN. Siempre que como regalo de boda la presenteis la cabeza de uno de esos miserables jefes de bandidos que infestan el país.

FONTAN. ¿De cuál, señor?

COLMEN. Del Fadrí de Sau ó del Tút.

FONTAN. Yo los buscaré y juro no descansar hasta poder hacerme dueño de su adorada mano.—Si me lo permitís, voy á...

COLMEN. Esperad. (Que dirige la vista á la mesa y vé el puñal.)

FONTAN. ¿Qué quiere decir eso?

COLMEN. Veamos. (Arrancando el papel del puñal y leyendo.) «Imbécil Colmenar; el niño que ha estado en tu casa es el hijo de don Juan de Serrallonga, muerto por tí y los tuyos en un cadalso hace diez años, sin mas delito que el haber combatido contra los cadells que pretendian tiranizar al pueblo; el padre principió la obra de esterminio contra los malvados; el hijo la continuará y te escoge por su primera víctima; guárdate, don Juan, guárdate.»—¡Poder de Dios! (Rugiendo de ira.) ha estado en mi casa... y le he dejado escapar... Pero, no, Simon le tiene en lugar seguro, y... ¿Simon, Simon? (Llamando.)

ESCENA XI.

Dichos, y LUCÍA

LUCÍA. ¿Qué mandais, señor?

COLMEN. Que venga Simon; en esa antesala debe estar.

LUCÍA. ¿Es el hombre que vino esta mañana?

COLMEN. Sí, él mismo.

LUCÍA. Hará un cuarto de hora que le ví salir de casa acompañado de otro hombre y un niño.

COLMEN ¡Rayo de Dios! ¡estaba en connivencia con ellos! ¡he sido burlado! ¡Hola! (Subiendo hácia el fondo y con ira.)

LUCÍA. Señor, ¿qué quereis?

COLMEN. Que entren todos los alguaciles que hay ahí fuera.

LUCÍA. No hay ninguno, señor.

COLMEN. ¿Cómo?

LUCÍA. Ese mismo hombre les hizo marchar á todos con diferentes encargos.

COLMEN. ¡Maldicion! han tomado bien sus medidas, pero no se escaparán, lo juro. Señor de Fontanellas, tomad veinte, treinta, cien caballos y que den una batida por los alrededores; que salgan somatenes, que....

ESCENA XII.

Dichos y TRISTAN, corriendo.

Toda esta escena ha de ir rápidamente y creciendo hasta el final.

TRISTAN. ¡Señor, señor!

COLMEN. ¿Qué es eso?

FONTAN. ¡Tristan!

TRISTAN. ¡Ah! ¡el señor gobernador!....

FONTAN. ¿Qué ocurre?

TRISTAN. Ocurre... que... yo no sé cómo deciros...

COLMEN. ¿Han sido ya detenidos?...

TRISTAN. ¿Detenidos?... ¡Cá! si corren como alma que se lleva el demonio...

FONTAN. ¿Quién corre?

TRISTAN. Ellos... con ella.

COLMEN. ¿Quién son ellos?

FONTAN. ¿Quién es ella?

TRISTAN. Ellos... son... unos desconocidos... que nadie conoce; ella es......

LOS DOS. ¿Quién, quién?

TRISTAN. ¡La señorita doña Elvira!...

FONTAN. ¡Cielos! (Aterrado.)

COLMEN. ¡Qué!

TRISTAN. Que la han robado.

TODOS. ¡Robado!

TRISTAN. Sin duda ninguna.

LOS DOS. ¿Pero quién, quién?... (Con ansiedad.)

TRISTAN. Si no se sabe; llevábanla en la litera al palacio del señor Virey, cuando al volver una esquina, seis hombres desconocidos se arrojaron sobre los que la conducían, impidiéndoles dar un paso; otros dos abrieron la portezuela, sacaron á doña Elvira y la condujeron en sus brazos desmayada hasta la esquina, adonde esperaba un hombre y un niño con diez caballos que al recibir sus ginetes partieron como un rayo en direccion de Badalona.

COLMEN. ¡Ellos son! sí; ¡ellos, los que me la han robado! ¡Venganza! (Frenético.)

FONTAN Sí, ¡venganza! ¡Yo los alcanzaré y sabré, arrancándoles su presa, darles merecida muerte!

COLMEN. Sí, salid con vuestra compañía; yo tambien os sigo; vamos por ella. Si osan tocar al mas leve de sus cabellos, juro por mi alma no descansar hasta ver degollados ante mi vista á sus infames raptores.

FONTAN. Tristan, mi caballo.

TRISTAN. Corriendo. (Vase.)

COLMEN. (A Lucía.) Manda que ensillen el mas velóz de los mios. —Fontanellas, su mano por su honra. (Con fuego.)

FONTAN. Señor, mi vida por la suya.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Terrado de la casa de D. Juan de Serrallonga: gran balaustrada al foro por detrás de la cual se vé á gran distancia la montaña practicable; el centro de esta balaustrada abierto y con una escalera que baja al foso; ventana en la derecha y puerta en la izquierda en primer término. Muebles de la época de mediano lujo; un cuadro de la Vírgen en la pared de la izquierda y delante colgada y encendida una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

El Fadrí de Sau, doña Juana (vestida de montañesa como en la primera parte.) Por la cima de la montaña se vé de cuando en cuando un centinela montañés.

Juana. Fadrí, las horas pasan y mi hijo no vuelve de Barcelona. ¿Si le habrá sucedido alguna desgracia? A pesar de mis ruegos se empeñó en abandonarnos, aunque quiso tranquilizarme respecto á su seguridad, diciéndome que no cometeria ninguna imprudencia.

Fadrí. Nada temais, Señora; el corazon me anuncia que ha salido con bien de su empresa y que Dios no le ha abandonado.

Juana. Tiene una voluntad de hierro; en vano interpuse mis ruegos; de nada sirvieron; es tan valiente como su desgraciado padre.

Fadri. Es verdad; al verle marchar delante de nosotros, me figuraba ver á mi antiguo capitan; su frente despejada, su mirada serena, sus ojos grandes y hermosos

que lanzan rayos de venganza á las mas pequeña frase que le hace recordar la muerte de don Juan; todo en él dá á conocer el génio indomable y porte caballeroso de que estaba dotado el que le dió el ser; todo en él deja conocer que dará dias de gloria á su patria, defendiendo al heróico partido de los narros, al pueblo vejado por esos infames prevaricadores de la justicia, por esos detentores de los mas sagrados derechos, por esos infames cadells.

JUANA. Fadrí, tus frases elocuentes hallan eco en mi corazon, y al mismo tiempo que me engrien por lo que respecta á mi querido hijo, hacen latir las fibras de mi pecho en justa venganza contra los opresores de mi país. Pero ¡ay! ¿quién sabe si á estas horas les deberé otra desgacia irreparable? ¿Quién sabe si mi hijo llora lejos de su madre la imprudencia que le he dejado cometer? ¿Quién sabe si estará en el fondo de una prision pagando su temeridad?

FADRÍ. No, imposible.

JUANA. Las horas pasan, Fadrí, y mi hijo no vuelve; las horas pasan y cada una me arrebata la esperanza de volver á verle.

FADRÍ. Valor, señora. (¡Valor la digo y tengo menos que ella!...) ¡Confianza! Voy á salir al camino á ver si descubro alguna cosa; en cuanto los vea aparecer por la vereda que aquí conduce, mi seña os avisará que no hay peligro... .

JUANA. Sí, mi buen Fadrí, corre y Dios haga que puedas volverme la tranquilidad. Vé, que espero tu señal con im paciencia.

FADRÍ. Pronto cesará, señora, os lo aseguro. (Bajando por la escalera del foro.)

ESCENA II.

DOÑA JUANA sola. (Despues de una pausa, recorre la escena con la vista, vá á la balaustrada del foro, mira al camino con los ojos bañados en lágrimas, baja con desaliento, y se arrodilla ante el cuadro de la Vírgen.)

¡Oh Santa Vírgen María!
¡guia de mi corazon!

¡mira mi cruda agonía!
Concédele grata y pía
tu soberano perdon.
Salva á mi hijo querido;
házlo ¡oh Madre! por la fé
con que siempre te he servido;
por compasion te lo pido
y cual nunca te amaré.
Si un momento loco y ciego
tu bondad desconoció,
escucha mi ardiente ruego;
por el llanto en que me anego
no le desampares, no.
¡Madre del Verbo divino!
¡estrella del Salvador!
muéstrame, pues, el camino
en que salve yo con tino
á la prenda de mi amor.
Sé que mi ruego prolijo
siempre acoges con piedad;
no abandones á mi hijo;
yo en Tí mi esperanza fijo
porque es grande tu bondad.
Por el amor que tuviste
al que murió en una cruz;
por el dolor que sentiste
cuando Tú sus ojos viste
faltos de vida y de luz;
por los agudos dolores
que su muerte te causó,
no deseches mis clamores;
concédele tus favores
á quien siempre te adoró.
¡Oh Santa Vírgen María!
¡Madre de consolacion!
ten piedad de mi agonía;
devuélvele la alegría
á mi amante corazon.

(Queda postrada. Pausa; se oye un prolongado silbido lejano. Doña Juana se alza rápidamente y se asoma al foro.)

¡Cielos! ¿se engaña la mente
en ilusoria esperanza?

Volemos... (Con desaliento. — ¡Ah! nadie avanza
por la vereda ni el puente.
Ni una sombra en lontananza
se divisa... (Pausa.) ¡Qué agonía!
¿Qué ilusion de mi deseo?...
¡No, no, no!... ¡me moriria!...
(Segundo silbido mas cerca.)
¡Ah! ¡ellos son! Sí, ¡ya los veo!
(Da un grito con un arranque del corazon y vuelve á caer á los piés de la Vírgen, alzando las manos hácia ella con la mayor fé demostrando su gozo.)
¡Oh! gracias, ¡Vírgen María! (Con espansion.)

ESCENA III.

DOÑA JUANA, el NIÑO, SERRA y FADRÍ.

NIÑO. ¡Madre! ¡Madre! (Dentro.)
JUANA. ¡Hijo del alma! (Levantándose y corriendo á recibirle.)
NIÑO. ¡Madre! (Saliendo y echándose en sus brazos.)
FADRÍ. Ahí está sano y bueno.
JUANA. ¡Que yo te estreche en mi seno!.... (Besándole.)
¡Mi amor!...
SERRA. ¡Recobrad la calma!
JUANA. ¿Cómo tanto te has tardado,
sabiendo, hijo de mi vida,
que está mi dicha perdida
no teniéndote á mi lado?
NIÑO. Porque, aunque mucho te asombre,
me impuse un grave deber,
(Con fuerza.) y cumplirlo ó fenecer
debe un juramento el hombre.
SERRA. Y dice bien mi Señor,
que en el lance terminado
por cierto que ha demostrado
inteligencia y valor.
JUANA. Vuestro lenguaje, por Dios,
que en gran cuidado me tiene.
SERRA. Pues la ruego se serene
cuando aquí nos vé á los dos.
JUANA. Mas ¿qué ha sido?
SERRA. Nada, nada;

luego despacio podremos
enterarla; ya diremos
lo hecho en aquesta jornada.

FADRÍ. No por cierto.

JUANA. Hablad.

FADRÍ. Ansioso
estoy de oir al contado
ese lance que ha acabado
con término tan dichoso.

NIÑO. Pues bien; que ví á Colmenar,
que hablé con él en palacio,
y que sin tregua ni espacio
mi objeto supe lograr.
Que le declaré la guerra,
dejando mi credencial
pasada por un puñal
á ese aborto de la tierra.
Que en su mesa lo clavé
para que allí lo encontrára,
y al leerlo, se enterára
que de su ira me burlé.
Que habia hecho el juramento
de ver cumplida mi idea; (Con fuego.)
que no hay ninguno que crea
que retrocedí en mi intento.
Y que juro por mi honor
que empezada la partida
seguiré, hasta que con vida
no quede un cadell traidor.

FADRÍ Y SERRA. Bien, don Juan.

JUANA. Bien, hijo mio:
aplaudo tu pensamiento
y tu ardor y tu talento
y tu pujanza y tu brio.

FADRÍ. Un niño no es quien así (Con ardor.)
en ardimiento nos gana:
es un héroe, doña Juana,
(Abrazándole.) á quien adoro.

JUANA. Fadrí...!

FADRÍ. No en balde os decia yo
hace poco: «confianza;»

mi bien fundada esperanza
mirad cual se realizó.

JUANA. Ahora bien, hijo del alma,
vendrás del viaje cansado.

NIÑO. Madre, no estoy fatigado.

JUANA. Entra á gozar de la calma
que necesita tu pecho,
mientras tu madre afanosa
te guarda el sueño amorosa
orando junto á tu lecho.

NIÑO. No, madre...

SERRA. Sí, descansad,
mas vos, señora, quedaos.

NIÑO. (Insistiendo.) Es inútil...

SERRA. Recostáos
en el lecho y descuidad.—
Si algo ocurre, os llamaré.—

NIÑO. Pero, Serra...

JUANA. Vé, hijo mio.
Pronto iré á tu lado.

NIÑO. Fio
en ello. (Entrando por la izquierda.)

JUANA. Fia, que iré.

ESCENA IV.

DOÑA JUANA, SERRA Y FADRÍ.

JUANA. ¿Qué sucede, Serra?

SERRA. Señora, tengo en mi poder á la hija de don Juan de Colmenar.

JUANA. ¿Cómo? (Con sorpresa.)

FADRÍ. ¿Qué dices? (Con alegría.)

SERRA. Lo que oís. Se la he robado.

JUANA. ¿Y con qué objeto?

SERRA. Con el de hacerle venir al corazon de las Guillerías. Por ninguna otra causa hubiera salido de Barcelona, y era preciso vernos cara á cara, pero en el campo, no en su palacio cercado de sus mil espías, sino entre sus soldados, entre esos mismos cadells que nos oprimen para poderlos combatir cuerpo á cuerpo, vida á vida y no ciento contra uno; en sus ciudades no

combaten, asesinan; en el campo seremos mas nobles que ellos; les presentaremos nuestros pechos y Dios dirigirá el plomo de los que lidian por la buena causa.

JUANA. Pero, Serra, ella es inocente.

SERRA. Lo sé, señora, y por lo mismo nadie se atreverá á faltarla en lo mas mínimo; pero quiero que ella sea la que haga venir á Colmenar á Caróz; quiero que venga para recordarle una deuda antigua; una deuda sagrada que he de cobrar. (Exaltándose.) Sí, ¡vive Dios! la cobraré; me la reclaman desde el cielo y quedará saldada.

FADRÍ. Cálmate; todos tenemos motivos para aborrecer á ese bando insolente.

SERRA. Sí, pero no como yo; un noble cruzó la cara de tu madre á latigazos y tú la vengaste matándole, lo mismo que al que engañó, robó y abandonó en medio de un camino á tu pobre hermana; pero yo no he vengado á la infeliz que desde el cielo me pide justicia.

JUANA. ¿A quién?

SERRA. ¿A quién decis? A la mitad de mi alma; á mi Teresa, (Conmovido y vá enfureciéndose gradualmente.) á mi esposa; á la que me iba á hacer el mas venturoso de los hombres, cuando ese infame Colmenar me sepultó en un hediondo calabozo. Yo vivia tranquilo y feliz con mi mujer, dedicado á mi trabajo; su amor y la amistad de don Juan de Serrallonga eran mis únicos afectos en el mundo; un dia Colmenar vió á mi Teresa y sus ojos se fijaron en ella con las mas impuras intenciones; al poco tiempo me vi envuelto en la causa que mató á vuestro esposo, preso y aherrojado; mi pobre mujer quedó sola y... ¡Oh Dios mio!... ese infame, ese vil no pudiendo lograr sus inicuos deseos. . la asesinó... la mató con sus propias manos y mató al mismo tiempo al hijo que albergaba en su seno...!— ¿Y me dices que me calme? Cuando tenga en mis manos su infame corazon y lo deshaga entre mis dedos hasta verlo reducido á polvo.

FADRÍ. ¿Y todavía vive ese hombre?

SERRA. Sí, vive; muchas veces le hubiera podido asesinar por sorpresa, pero no es eso lo que yo quiero; tambien

pudiera haberlo hecho ayer cuando estuve en su casa, pero habia concebido una idea y quise mejor dar ocasion á mis compañeros para batir á los cadells, al mismo tiempo que hacia venir á don Juan en busca de su hija; ahora se encamina hácia este pueblo; pronto le veré y entonces... (Con furia.)

JUANA. ¡Serra! (Conteniéndole.)

SERRA. Perdonad, señora; mucho tiempo hacia mi corazon era sordo á toda clase de afecciones; hoy empieza á respirar con tranquilidad, pensando que ha de llenar su deber.

JUANA. ¿Pero esa jóven que dices traes contigo, dónde está?

SERRA. Aquí. Quiero ponerla bajo vuestra proteccion, porque si alguna de las víctimas de Colmenar tiene en estas montañas padres y hermanos y saben que está aquí su hija, la harian pagar los crímenes de su padre. A vuestro lado nadie se atreverá á ofenderla.

JUANA. Gracias, Serra; tienes un noble corazon; acepto el depósito que me confias, tanto mas satisfecha cuanto que podré calmar su agitacion y darle alguna esperanza.

SERRA. Haced lo que gusteis, Señora, pero que no se separe de vos hasta que Colmenar pise estas montañas. Le he escrito que le espero en Caróz y debe llegar pronto.

FADRÍ. ¿Cuándo?

SERRA. Puede que dentro de algunas horas.

FADRÍ. Voy á prevenir á nuestros compañeros.

SERRA. El Guerxu lo habrá hecho ya; sin embargo, vé y dispon la gente como mejor te parezca para evitar una sorpresa mientras yo hago subir á esa señorita. El paso del desfiladero es mio; pero cuando lo haya pasado Colmenar; hasta entonces...

FADRÍ. Le guardaré yo. No ha de pasar la vereda un solo cadell que no pague con la vida su temeridad.

JUANA. ¿Y mi hijo?

FADRÍ. Dejadle dormir tranquilo; cuando llegue la hora del peligro, ¡se le avisará!...

SERRA. Ya sabe el plan de ataque y él os dirá cuál es vuestro puesto.—Adios, Señora: voy á cumplir las órdenes que me ha dado en el camino con respecto á nuestra gente.

JUANA. Adios, amigos. (Vanse los dos escalera foso.)

ESCENA V.

DOÑA JUANA.

¡Infeliz Serra! su alma
padece el mismo tormento
que lacerando la mia
hace que está tanto tiempo.
Cual yó, al dolor que le abate
la venganza dá alimento
y creo que esta pasion
le presta alivio y sosiego.
¡Sombras de nuestros esposos (Con solemnidad.)
que abandonando los féretros
alentais nuestras pasiones
cruzando el espacio hueco;
dadnos valor á los dos
para llegar pronto al término
dó se acaban los rencores
y de ira los sentimientos,
y paz y tranquilidad
infundid en nuestros pechos!

ESCENA VI.

DOÑA JUANA, ELVIRA, EL GUERXU.

GUERXU. Entrad. (A Elvira.)
ELVIRA. (Cayendo á sus piés de rodillas.) Señora, ¡amparadme!
No seais sorda á mi ruego;
¡amparadme de esos hombres
que con semblante severo
de mis dolores se burlan
y desoyen mis lamentos!
JUANA. Jóven, recobrad la calma, (Levantándola.)
que nadie aquí ha de ofenderos.
(Al Guerxu.) ¿Hay novedad?
GUERXU. No.
JUANA. Está bien.
Si algo ocurre, avisa.
GUERXU. Bueno.

JUANA. Y espérame con dos hombres
junto á esa escalera.
GUERXU. ¿Luego?
JUANA Sí.
GUERXU. Bien.
JUANA. Pues márchate ahora.
GUERXU. Voy. (Vase por el foso.)

ESCENA VII.

DOÑA JUANA, ELVIRA.

JUANA. Con semblante sereno
podeis esperar las horas
que á mi lado os tenga el cielo.
ELVIRA. Gracias, señora; ¿mas cómo
en este sitio me encuentro?
¿Por qué me han arrebatado,
sin atender á mis ruegos,
de los brazos de mi padre
á quien con el alma quiero
y que estará con mi ausencia
sumido en amargo duelo?
JUANA. Perdonad que no os conteste
porque es de otro ese secreto.
Solo os puedo asegurar
que no estareis mucho tiempo
en este lugar y pronto
podreis tranquila volveros
á Barcelona segura,
desechando todo miedo.
ELVIRA. Vuestras palabras, señora,
tranquilizando mi pecho,
me infunden una esperanza
que ver cumplida deseo.
Mas un favor permitidme
que os pida.
JUANA. Decid.
ELVIRA. Espero
que no me abandonareis
hasta que llegue el momento
en que volver á mi casa

se me permita: yo creo
que teneis un corazon
misericordioso, tierno,
y que la triste desgracia
siempre en él hallará eco.
No me entregueis á esos hombres
que me hacen temblar de miedo.

JUANA. Desterradle de vuestra alma.
No albergueis tal sentimiento.
Esos hombres son honrados
y bondadosos, creedlo.
¿Pensais que porque no visten
brocados ni terciopelos,
porque al hablar no se espresan
con magníficos conceptos,
porque sus rostros curtidos
en trabajos muy violentos
no se parecen en nada
á los de esos caballeros
con quien tratais de continuo
son infames?... No, no es eso:
bajo esos trajes rasgados
por los picos de los cerros;
bajo esas mantas rayadas
laten corazones bellos;
en esos rudos semblantes
si se definen, sabedlo,
tan solo se halla virtud,
amargura y sufrimiento:
en esas manos callosas
que estropeó el duro hierro,
está de riqueza el foco;
ellas nos dan el sustento;
ellas trabajan los campos,
ellas guardan nuestro sueño;
en esos hombres se halla
cordura, juicio, talento;
esos hombres solo cumplen
del Dios justo los preceptos;
para el bien todos hermanos;
el mal no se encuentra en ellos,
y lo mismo en las montañas

que en las ciudades y pueblos,
los pobres son virtuosos,
caritativos y buenos.

ELVIRA. Perdonad si mi lenguaje
en algo pudo ofenderlos; (Con miedo.)
no los conozco ni he estado
nunca en contacto con ellos;
los han juzgado mis ojos,
ó mejor dicho mi miedo...

JUANA. ¿Cuál es vuestro nombre?

ELVIRA. Elvira.

JUANA. Pues, Elvira, yo os prometo
que de hoy mas no le tendreis;
venid, seguidme al momento,
que á un seguro os llevaré
donde esteis al gusto vuestro
mejor que aquí.

ELVIRA. Bien está;
pero decidme, ¿á quién debo
tanta bondad? Vuestro nombre...

JUANA. Para vos es un secreto
por hoy; mañana quizás
os le diré

ELVIRA. Me contento;
vamos donde vos gusteis.

JUANA. Venid, Elvira, bajemos. (Bajan por el fondo.)

ESCENA VIII.

EL NIÑO, á poco FADRÍ.

(Despues de una pausa sale el niño despavorido como si despertase de una pesadilla.)

¡Padre! ¡padre! no te alejes...
¡ampárame!... ¡herido quedo!
¡dáme tu ayuda!... ¡Dios mio!...
¡madre! ¡tambien vos!. .—¿Qué es esto?
(Pausa; se frota los ojos y reconoce el sitio, serenándose poco á poco.)
¿Dónde me trajo la planta?
¡Era víctima de un sueño!...
¡Sí!... ¡soñaba!... ¡y fuertemente

me daba el alma tormento!
¡Solo estoy!... ¡nadie me ha visto!
me avergonzaria de ello.
Vuelva la tranquilidad
á aposentarse en mi pecho.

FADRÍ. ¡Señor, señor!... (Subiendo apresuradamente.)

NIÑO. ¿Qué pasa?

FADRÍ. El enemigo se acerca: un peloton de ginetes se divisa desde esa altura que avanza con resolucion trayendo al frente un oficial valiente y esperimentado.

NIÑO. ¿Quién guarda el paso del desfiladero?

FADRÍ. El Guerxu con una veintena de hombres decididos que no dejarán pasar ni un solo casco de caballo; están en buena posicion y se defenderán con ventaja.

NIÑO. ¿Quién manda los hombres que cubren el puente?

FADRÍ. El Tút; tiene á sus ordenes los mejores mozos de las Guillerias.

NIÑO. ¿Y mi madre?

FADRÍ. En la cueva: ha ido á encerrar á una jóven que ha traido Serra para que no le suceda nada durante el combate.

NIÑO. ¡Ah! sí, ya sé..... la hija de don Juan de Colmenar.

FADRÍ. La misma, Señor.

NIÑO. Lo sabia, Fadrí, lo sabia... (Se oye un silbido.) ¡La señal! ¿Quién la ha dado?

FADRÍ. ¡Serra! ¡Maldicion! (Asomándose á la ventana derecha.) ¡Están perdidos! ¡Mirad, señor!

NIÑO. ¿Qué es eso?

FADRÍ. Colmenar, al frente de muchos peones ha vadeado el arroyo y va á atacar á Serra por la espalda, mientras la caballería le arrollará por el frente. (Se oye una descarga y tiros sueltos.) ¡Ah!... ¡bien! el Guerxu se ha portado; ha puesto fuera de combate algunos hombres y trata de llegar al puente.

NIÑO. Los peones avanzan por la izquierda, Serra es perdido. Házle seña que va á ser envuelto.
(Lo hace Fadrí y el niño carga.)

FADRÍ. No me atiende.

NIÑO. Corre, reune á seis ó siete hombres, y aunque sea por medio de las balas, abrios paso hasta Serra y díle que retroceda y vuelva á ocupar el puente: cogido este y el paso del desfiladero, son nuestros enteramente.

FADRÍ. Pero entonces atacarán la casa.
NIÑO. ¿Y bien?
FADRÍ. Sereis perdido.
NIÑO. No tengas cuidado por mí; cuando sea tiempo, yo se la abandonaré.
FADRÍ. ¿Pero hasta entonces?...
NIÑO. La defenderé.
FADRÍ. ¿Vos solo?
NIÑO. Yo: dame ese pedreñal: tu canana; pónlo todo aquí: las pistolas. (Pone una mesa al lado de la ventana y sobre ella todo lo que nombra.) Ahora vete.
FADRÍ. Señor, yo no puedo abandonaros de este modo...
NIÑO. Vete. (Con fuerza.)
FADRÍ. Permitidme quedar á vuestro lado...
NIÑO. ¿Y Serra?
FADRÍ. Primero sois vos.
NIÑO. Fadrí, me debes obediencia. (Con imperio.)
FADRÍ. Pero... (Dudando)
NIÑO. Tus compañeros van á perecer; ¿tienes miedo de llegar hasta ellos?...
FADRÍ. ¡Miedo yo! ¡Ira de Dios!... (Furioso.)
NIÑO. ¡Tu tardanza me lo prueba!
FADRÍ. ¡Señor!... (Desesperado.)
NIÑO. ¿Te niegas? Yo iré...
FADRÍ. ¡Ah! ¡no, no!... ¡Ya marcho! Dios mio, ¡protegedle! (Baja precipitándose por el foso.)

ESCENA IX.

EL NIÑO. Sigue el fuego lejano.

¡Noble corazon! Ruega por mí y se olvida del peligro que vá á correr... (Se oyen tiros sueltos en la izquierda.) ¿Qué es eso? ¿será á él?... ¿tan pronto? ¡Ah! ¡es mi madre! ataca á los ginetes con la partida del Guerxu: iré á reunirme con ella... mas imposible... Los peones de Colmenar se estienden por todo este lado... (Descarga dentro.) ¡Ah! Fadrí!..— Gracias, ¡Dios mio! Le veo saltar una zanja... Corre... se unirá á Serra... ¡ya estan salvados! (Suena un tiro: una bala rompe el cristal de la ventana derecha.) ¡Cielos! ¡y yo perdido! ¡la casa está cercada!.. cumplamos nuestro deber... ¡Ah! Colme-

nar! (Coge el pedreñal, apunta y tira.) Bien; ¡soltó la espada! ¡está herido! ¡mira hácia aquí!... — Si, yo he sido, ¡yo!... (Presentando el pecho fuera de la balaustrada. Suena un tiro: dá un grito: suelta la pistola y cae.) ¡Ah!..... ¡Jesús!.. .. ¡madre mia!...

VOZ DEN. Arriba, ¡arriba!...

ESCENA X.

EL GUERXU en la montaña foro, COLMENAR y soldados por la escalera foso: á poco FONTANELLAS.

GUERXU. ¡Ah! (Mesándose los cabellos de dolor y rábia.)

COLMEN. Arriba, ¡soldados!

GUERXU. ¡Muerto!... (Con profundo dolor y desaparece.)

UN SOL. ¡Aquí no hay nadie, señor, mas que este niño muerto!...

COLMEN. Cara ha pagado (Con la mano derecha vendada y ensangrentada.) la leve herida que me ha hecho en esta mano; la bala de mi pistola ha destrozado su pecho. ¡Miserable semilla de ladrones! Dios te destruya y (Dándole con el pié.) aniquile como la pólvora que encierra esta pistola! Si queda aun en tí el mas pequeño soplo de vida... mira bien quien te concluye, (Montando la pistola para descerrajarla sobre el niño.) Juan de Serrallonga.

FONTAN. Señor Gobernador, (Saliendo apresuradamente.) hemos reconocido la parte baja de la casa y no hemos encontrado á nadie.

COLMEN. ¿Y mi hija?

FONTAN. No está.

COLMEN. ¿Y aquí?... (Entra con soldados por la izquierda y vuelve á salir. Fontanellas hace lo mismo por la derecha.) Tampoco! Se la han llevado... ¡Ira de Dios! Corred, soldados, corred... mil, dos mil ducados por ella... ¡Lo que querais, pero traedla á mis brazos!...

FONTAN. ¡Vamos! (Van á salir.)

ESCENA XI.

Dichos, DOÑA JUANA, EL GUERXU y bandoleros en la montaña

JUANA. ¡Deteneos! (Con voz estentórea.)

COLMEN. ¡Cielos!...—¡Atrás todos!... (Todos se retiran dejando la derecha libre para que se vea el cuerpo del niño.)

JUANA. Asesino de mi hijo; la cólera celeste ha puesto en mis manos á tu Elvira; uno por otro, Colmenar; mi hijo ha muerto; la tuya le seguirá. ¡Ruega por ella!

FONTAN. ¡Gran Dios!

JUANA. Ruega por ella... pues antes (Con voz sombría.) de una hora habrá dejado de existir..... ¡Adios! ¡asesino!.... (Desaparece por el monte con los suyos, los que hacen fuego á los soldados de la escena; alguno de ellos contesta: otros caen.)

COLMEN. ¡Soldados, apoderaos de esa mujer y matadla, si no os entrega á mi hija!...

FONTAN. ¡Vamos!.. ¡Ó he perder la vida ó la salvaré! Al monte, ¡compañeros!

TODOS. ¡Al monte!... (Todos salen precipitadamente por la escalera del foso, quedando solamente en escena el cuerpo del niño; la montaña del foro se corona de pronto de bandoleros que sostienen un fuego nutrido con los soldados que empiezan á subir desde el foso batiéndose. Cuadro animado: toques de clarines y tambores. Voces de ambos partidos, etc. etc. Cae el telon rápidamente.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Las Guillerías. Lugar agreste y lleno de malezas; en el fondo una montaña practicable que despues de atravesar la escena tiene la bajada por la izquierda: al pié de esta bajada un barranco profundo: entre una multitud de matas se abre una cueva cuya entrada está perfectamente cubierta y casi oculta á los ojos del espectador hasta el momento oportuno: árboles, zarzales, espinos ramas altas y frondosas por toda la escena: en los dos costados del teatro y en el primer término se ven dos pendientes que bajan á los caminos, pues el teatro figura la cima de una montaña; troncos de árboles que pueden servir de bancos. Amanece: se oyen los cantos de los pájaros, etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

UN BANDOLERO en el monte, derecha, de centinela. TALLAFERRO que sale de la izquierda abajo y el GUERXU á poco, que sube del barranco con escopeta ó trabuco.

TALLAF. Ya amanece. Reconozcamos el sitio ¿Amigo? (Al centinela.)

CENTIN. Alerta.

TALLAF. ¿Hay novedad?

CENTIN. Ninguna por ahora.

TALLAF. ¿Y la gente?

CENTIN. Toda está en su puesto.

TALLAF. Bien. Escóndete entre las ramas para que no te divisen desde el llano y guarda tu puesto; á la mas pequeña novedad, avisa.

(El centinela se oculta. Tallaferro se acerca al barranco.)

¿Veamos quién guarda el paso del barranco? (Silba.)

GUERXU. Presente. (Apareciendo armado.)

TALLAF. El Guerxu.

GUERXU. Yo.

TALLAF. ¿Hay peligro por esa parte?

GUERXU. No.

TALLAF. Pues escucha: ¿no sabes la nueva que ha corrido en nuestro campo?

GUERXU. ¿Cuál?

TALLAF. Que el Fadrí ha perecido á manos de nuestros enemigos.

GUERXU. ¿Cómo? (Con dolorosa sorpresa.)

TALLAF. Despues de la muerte de nuestro jóven capitan, Fadrí, que habia logrado unirse á la partida del Tút en el puente, logró por un esfuerzo de valor volver á tomar la casa que el niño por un esceso de temeridad quiso defender solo y donde pagó con la vida su arrojo; juzga tú cuál seria el dolor de Fadrí, cuando al poner el pié en el último escalon vió el cadáver del niño sobre un charco de su misma sangre....

GUERXU. ¡Cobardes! (Mirando hácia el llano con ferocidad.)

TALLAF. Yo llegaba en aquel momento con parte de los nuestros; pude ver su desesperacion y el juramento de venganza y esterminio que hizo sobre el cadáver; confiésote que temia que hubiese perdido el juicio: todos estábamos desalentados, cuando sentimos que nos atacaba de nuevo la fuerza que iba á las órdenes de ese jóven oficial á quien ayer cogimos prisionero y que....

GUERXU. ¡Morirá!.... (Con ferocidad.)

TALLAF. Tal es la intencion de toda la banda, y solo se espera al Tút para que la confirme. Pero oye; al sentir los primeros disparos, nos echamos fuera de la casa, llevándose Fadrí en sus brazos el cuerpo exánime del niño para darle sepultura; nosotros, respirando solo ira y ódio, nos abrimos en dos alas para cercarlos y que no pudieran escapar, y todos hubieran muerto á no ser por un cuerpo de ginetes que protegió su retirada.

GUERXU. ¡Voto!... (Con rabia.)

TALLAF. Entonces perdi de vista á Fadrí, que no habia aban-

donado su preciosa carga, y nada he sabido de él hasta hace un momento que ha traido la noticia uno de los nuestros de que era prisionero y que á estas horas habria perecido en la horca.

GUERXU. ¡Oh!... (Dando un golpe en tierra con desesperacion.)

TALLAF. Tienes razon en desesperarte, Guerxu, pues aunque hemos salido vencedores de esos infames cadells y están en nuestro poder la hija de Colmenar y ese capitan de tercios, no recompensan sus vidas las pérdidas que hemos sufrido.

GUERXU. Cierto. (Con dolor.)

TALLAF. El capitan y el teniente; ¡desgraciados narros! solo queda ahora para mandarnos la inconsolable doña Juana y el valiente Tút... mas aquí llega!

ESCENA II.

Dichos y SERRA.

SERRA. ¿Amigos?

TALLAF. ¿Sabeis la desgraciada nueva?...

SERRA. Sí, la sé; el cielo no ha querido concedernos la victoria sino en cambio de la vida de nuestros valientes jefes; pero os aseguro por mi sangre que mucha de mis contrarios he de ver derramar antes que apague mi sed de venganza.

GUERXU. Amén. (Con resolucion y energía.)

SERRA. Guerxu, pón un centinela en la subida de esa cuesta y vuelve. (Señalándole la de la derecha: el Guerxu vá al barranco, silba, sube un bandolero. y se vá con él por la derecha abajo.)

Tallaferro, conduce á mi presencia al preso, y tráete dos hombres contigo.

TALLAF. Voy al punto. (Vase por la izquierda abajo.)

ESCENA III.

SERRA, solo.

Cumplamos con nuestro triste deber; el corazon se rebela ante una venganza de esta naturaleza; nunca creí tener valor para matar á un hombre á sangre fria; si

fuera en medio del combate, cara á cara y con las armas en la mano, no digo que no... pero... ¡ah! ¿por qué no es don Juan de Colmenar?... á ese sí, á ese no le daria tiempo para que rezase su última oracion, para que alzase la vista hasta los cielos implorando la misericordia divina... á ese le asesinaría, le destrozaría, le pulverizaría si lo hallase ante mí..... ¡mas ya se acercan! ellos son.

ESCENA VI.

SERRA, el GUERXU por la derecha, TALLAFERRO, FONTANELLAS atado y dos bandoleros por la izquierda.

GUERXU. Está.

SERRA. Bien.—Espera.

TALLAF. Ya está aquí el preso.

SERRA. Adelante; desatadle.—(Jóven es! (Le desatan y baja al proscenio con resolucion: en toda la escena se ha de ver en él gran valor, sin pecar de insolencia.) ¡lástima de existencia!..... ¡mas la sangre pide sangre!... ¡Fadrí ha perecido! El debe acompañarle!...) Prepárate á morir. (Con resolucion.)

FONTAN. Estoy preparado. (Con sangre fria.)

SERRA. (¡Es valiente!) Si tienes alguna persona á quien participar tu última voluntad, dilo, que te aseguro que llegará á sus oidos; si prefieres escribirla, te se traerá lo necesario para hacerlo, y prometo que tus letras llegarán á sus manos sin que los ojos de ninguno de los nuestros se atrevan á averiguar lo que diga el papel.

FONTAN. Gracias, gracias; en el momento á que me ha traido el destino, solo á una persona podia interesar mi muerte ó mi vida, y esa quizá se me haya adelantado para comparecer ante las plantas del Eterno.

SERRA. ¿Quién era?

FONTAN. ¿Qué os puede interesar á vosotros, hijos de las montañas, que no podeis comprender los afectos que hacen latir el corazon con violencia, derramando en él los gérmenes de ventura y felicidad? ¿De qué servirá que yo os diga el nombre del ángel de mi existencia, si al oirlo quizá una carcajada de ódio me responderá que ha exhalado su último aliento en vuestros indignos brazos?

SERRA. (Con amargura y creciendo poco á poco.) Siempre sois iguales; en vida y en muerte nos aborreceis y nos insultais groseramente, presumiendo que solo vosotros sois buenos y nobles, y que solas vuestras acciones merecen elogios y recompensas. Ya se vé; engreidos con vuestros blasones, encerrados en vuestros palacios, vestidos con lujo y esplendidez, rodeados de placeres, no podeis comprender, no quereis estudiar las virtudes que encierran las almas de los hijos del pueblo; de esos hombres que con el sudor de su frente riegan los campos para daros el sustento, y que mas nobles que vosotros, se contentan con lo poco que les produce un trabajo incesante y os ven nadar en la abundancia sin desplegar sus lábios, mientras padecen privaciones y hambre. ¿Pero qué os importa eso á vosotros? El pueblo, decís, ha nacido para trabajar y sufrir, y desgraciado el dia que quiera recobrar sus derechos, porque nosotros acallaremos sus gritos con el plomo de nuestros arcabuces; ¿no es cierto? Pues es necesario que comprendais que el pueblo y los hijos de las montañas tienen corazones de cera para el bien y de bronce para combatir el despotismo y la tiranía, y que el dia en que el pueblo, cansado de sufrir, rompa sus cadenas, se convertirá en torrente impetuoso que atropellará y destruirá cuanto á su paso se oponga.

FONTAN. Si tan noble y generoso es el pueblo, ¿porqué no presenta sus quejas contra los que le ofenden y reclama justicia con moderacion y respeto, en lugar de acudir á medios violentos?

SERRA. ¡Justicia! palabra digna y grande si se ejerciera con legalidad para todos y en bien de todos; palabra sonora y hueca que solo empleais contra nosotros cuando reclamamos nuestros justísimos derechos. ¡Justicia! ¡siempre la hay para el rico en contra del pobre! jamás se le hace á un villano si reclama contra un noble, aunque este haya destruido su felicidad, aunque le haya encarcelado, (Con desvarío) aunque haya asesinado á su mujer y á su hijo...! ¡Justicia! .. ¡viviría Colmenar si hubiera justicia en el mundo!....

FONTAN. ¡Colmenar!... (Con sorpresa.)

SERRA. Si, ese infame que es el encargado de administrarla;

ese vil que ha hecho nacer en mi corazon la llama de una venganza que solo puede apagar su indigna sangre.—Pero acabemos; dí tu última voluntad, porque concluye tu existencia por momentos.

FONTAN. Pues bien; el nombre que has pronunciado es el del padre de mi adorada; ella fué robada por vosotros; ella está en vuestro poder. Si no ha pagado la infeliz con su vida crímenes de que está inocente, decidle que muero por ella y pensando en ella; que muero por haber venido á la montaña á hacerla recobrar su libertad y que mi último adios ha sido para ella.

SERRA. Se cumplirá tu deseo.

FONTAN. ¿Vive pues?... (Con ansiedad.)

SERRA. Vive, sí; no era ella la que debia morir; ha sido respetada y lo será.

FONTAN. Gracias, gracias; ahora estoy pronto; la muerte me será menos sensible sabiendo que mi Elvira vive.

SERRA. (Me falta el valor.) Tallaferro, cumplid vuestro deber. (Los cuatro se forman en fila y preparan las armas.)

TALLAF. Arrodillaos. (á Fontanellas que vá hácia la colina izquierda y se arrodilla)

FONTAN. (¡Ah!) Voy..... (Levantando los ojos al cielo.) ¡Oh! hermano mío, muero con el desconsuelo de no haber podido vengar tu muerte, Salvio de Fontanellas!....

SERRA. Deteneos. ¿Qué decís? (Volviéndose rápidamente.) ¿Erais vos hermano de D. Salvio?

FONTAN. Sí.

SERRA. ¿Del que fué gobernador de Barcelona?

FONTAN. Sí.

SERRA. ¿Del que murió asesinado junto al convento de Santa Clara?

FONTAN. Del mismo.

SERRA. (Con espansion.) ¡Ah! gracias, Señor, gracias; no caerá su sangre sobre mí.

TALLAF. Y LOS OTROS. ¿Qué decís?

GUERXU. ¿Cómo?

SERRA. Que ese hombre es sagrado.

TALLAF. ¿Porqué?

SERRA. Su hermano me dijo: «salvé al Fadrí de Sau, te salvo á tí, y salvaré á todo hombre de bien que haya obtenido la amistad de Serrallonga; es su último deseo y siempre lo cumpliré.»—Pues bien, decidme vosotros; el her

mano del hombre á quien Fadrí y yo debímos la vida, debe morir á nuestras manos?...

TODOS. ¡No! (Con entusiasmo.)

SERRA. ¡Ah! ¡bien, gracias! amigos, gracias; no esperaba menos de vosotros.—Ved aquí, señor, lo que son los hijos de las montañas; estudiad sus corazones.

FONTAN. Sin embargo, mi hermano salvó la vida á muchos de los vuestros y le pagaron su accion dándole muerte.

GUERXU. No. (Con firmeza.)

FONTAN. ¿Cómo? ¿no fueron los narros quien le sorprendieron una noche y le asesinaron vilmente?

GUERXU. No.

FONTAN. ¿Quién puede asegurarlo?

GUERXU. Yo. (Saca una cartera.)

FONTAN. ¿Tú? ¿y cómo?

GUERXU. Así. (Dándole una carta.)

FONTAN. Esta carta...

GUERXU. Leed.

FONTAN. Es letra de mi hermano; está escrita con sangre..... Veamos. (Lee.) «Muero por órden de don Juan de Colmenar; un narro me ha defendido y ha muerto á dos de mis asesinos...»

GUERXU. ¡Yó! (Con complacencia.)

FONTAN. «Al espirar uno de ellos ha confesado su delito y el nombre del que le ha comprado: ¡venganza sobre mi asesino!» La tendrás, la tendrás; lo juro por tu preciosa sangre y que el cielo me castigue si falto á mi juramento. Dadme una espada: quiero ir á buscarle y que me entregue su miserable existencia en pago de sus crímenes.

SERRA. No; su vida no os pertenece á vos solo; hay otros que con mas justicia se la arrancarán.

FONTAN. Nadie osará disputársela á mi furor. Ahora mismo...

SERRA. Esperad hasta mañana, dadme vuestra palabra y no salgais de nuestro campo por ahora; los que lloran la muerte de sus jefes no os respetarian y pagariais con la vida vuestra temeridad.

FONTAN. Siglos se me harán las horas que tenga que esperar.

SERRA. Diez años hace que espero y no he perdido la paciencia. (Con amargura.)

FONTAN. ¿Vos tambien?

SERRA. Sí; diez años de martirio y de esperanza. Esperanza que pronto se realizará, lo espero. Vamos, el sol ya brilla con toda su fuerza: seguidme.

FONTAN. ¿A dónde vamos?

SERRA. Luego lo sabreis.—Compañeros, á vuestros puestos. (Los dos narros se van por la izquierda.)

FONTAN. (Al volverse y ver al Guerxu.) Defensor de mi hermano, perdona mi olvido á mi dolor y ven á mis brazos.

GUERXU. Sí. (Con alegría.)

SERRA. ¿Vamos? (A don José Fontanellas.)

FONTAN. Vamos. (Bajan al barranco.)

ESCENA V.

TALLAFERRO, EL GUERXU, luego DOÑA JUANA.

TALLAF. Regocíjome á fé de que no haya muerto ese jóven; aunque cadell, tiene un corazon noble y honrado.

GUERXU. Cierto.

TALLAF. Pero aquí se acerca doña Juana. ¡Pobre señora!

JUANA. ¡Tallaferro! (Con acento sombrío: lleva pluma negra en el sombrero y un puñal al cinto.)

TALLAF. ¿Qué mandais?

JUANA. ¿Han traido á la jóven que desde hace quince dias está en la cueva del Suspiro?

TALLAF. Como hasta ayer han estado todos los caminos guarnecidos por tropas de los cadells, no les habrá sido posible salir de Caróz á los que enviasteis en su busca.

JUANA. (¡Quince dias esperando! ¡quince dias!... ¡y mi hijo muerto!... ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio!.....) ¿Le habrá faltado algo en ese tiempo?

TALLAF. No señora; vuestra fiel criada Eulalia estaba á su lado y tenian todo lo necesario para no carecer de nada en dos ó tres meses.

JUANA. Bien; vé á ver si ya ha llegado. Si está aquí, tráela al momento.

TALLAF. Sereis obedecida. (Vase por la izquierda y el Guerxu al barranco foso.)

ESCENA VI.

DOÑA JUANA sola.

¡Miserable y fatídica existencia! (Con amargura.)
Fortuna incontrastable y azarosa

cuya rueda inflexible, solo males
derramó sobre mí con mano pródiga.
Deja que hoy venza tu siniestro influjo
y pare el curso de tu fuerza ignota:
deja que vengue á mi inocente hijo
que ante el trono de Dios justicia implora!
¡Deja que leves á mis ojos sean
los lamentos del alma quejumbrosa
y que sordo mi oido á sus clamores
solo los gritos de venganza oiga!
¡No haya piedad! ¡el cuerpo de mi hijo
á quien ni aun cubre funeraria losa (Con dolor.)
reclama de su sangre que se muestre
sorda á virtudes y á piedades sorda!
¡Que tiemblen sus infames asesinos! (Con furor.)
¡Ya ruge en las montañas la leona
que se prepara á destrozar sangrienta
la presa que ante sí la suerte ponga!
¡Ni rastro dejará de los que impíos
la negaron gozar tranquila un hora!
¡pasó ya la cuartana irresistible
que su fiereza y su valor acorta
y de nuevo invencible se presenta
con su rugido aterrador que asombra,
á desgarrar al que á su tierno hijuelo
en su cueva real dió muerte pronta! (Pausa.)
Mas siento pasos... si será...—Se acercan...
(Dudando.) ¡Ah! ¡ella es!... ¡mi corazon rebosa
de placer y dolor con su llegada
y mi alma se entristece y se alboroza!...
—Pero ¡fuera dudar! ¡mi hijo reclama (Con brio.)
en mi pecho valor!... ¡Valor me sobra!

ESCENA VII

Dicha, Doña Elvira y Tallaferro, que se retira á una seña de Doña Juana.

Elvira. ¡Ah! señora, ¿sois vos la que me llama?
¿No me engañan mis ojos? ¡Llegó el hora
tan pedida á los cielos en que vuelva
á mi casa natal de Barcelona!

¿Me traeis á este punto á noticiarme
esa nueva feliz?...– Gracias, señora.
Dios colme vuestros dias de ventura
si tal idea vuestra mente forma...— (Breve pausa.)
Pero... ¿me habré engañado? Ese silencio
¿qué me anuncia? decid. (Con recelo.)

JUANA. ¿Tanto te importa
volver á tu palacio? (Con sequedad.)

ELVIRA. (Con sentimiento.) ¡Esa pregunta
mi dicha actual en sentimiento torna!
¿Si me importa volver? ¿Cómo pudiera
no desearlo, si en mortal zozobra
vivo contínuamente en estos montes
temiendo por mi vida y por mi honra?
¿Que si quiero volver? decid al ave
que aprisionada en jaula poderosa
puso hábil cazador si está contenta,
ó si quiere volar á dó con honda
y plañidera voz por ella pían
los tristes padres que su ausencia lloran;
pedirá libertad: pues bien; juzgadme
como al ave tambien, y ved, señora,
si mi anhelo será volver tranquila
á mi padre infeliz, á Barcelona.

JUANA. Tienes razon, y pues deseas tanto
la libertad lograr, tu duda acorta; (Con ironía.)
pronto la has de tener, te lo aseguro,
mas pronto que tu pecho la ambiciona.

ELVIRA. ¿Cómo? ¿decis verdad?.... ¡ah! ¡perdonadme!
no os agravie en verdad lo que mi boca
puso en duda un instante; nunca el alma
dudó de vuestra mano generosa;
siempre en vos esperé y en mi desgracia
habeis sido mi egida protectora.
Permitid que mi lábio agradecido
os demuestre el placer que el alma goza,
y en vuestra mano bienhechora.....

JUANA. (Interrumpiéndola con acritud.) Calla:
no mas tu acento en alabanzas rompa,
que no es bien que te halague una esperanza
que nunca ha de cumplir tu suerte odiosa.

ELVIRA. (Con temor.) ¿Qué decís?

JUANA. Oye bien; lo que dese
tu libertad querida....
ELVIRA. ¿Y bien, señora?
¿no dijisteis que vos ibais á dármela?
JUANA. Sí; pero escucha bien; nunca mi boca
la mentira forjar supo imprudente;
la libertad tendrás, mi fé lo abona;
pero larga, tremenda, interminable
como la hiel que de mi pecho brota:
te daré libertad, pero en la muerte.
ELVIRA. (Con un grito de espanto.) ¡Cielos!
JUANA. Vas á morir.
ELVIRA. La mente loca
no acierta á comprender....
JUANA. No hay esperanza:
hija de Colmenar, mírame ahora:
(Con entereza.) yo fuí esposa
(Con un grito del corazon.) y fuí madre:
á mi hijo lloro
y á mi esposo infeliz, á Serrallonga.
ELVIRA. (Con espanto.) ¡Cómo! ¡sois vos!....
JUANA. (Llorando.) La que muriendo vive
desque le falta el hijo en quien adora:
tu padre lo mató; (Cambiando de repente y con ira nerviosa.)
tu padre infame,
que aun de la vida placentero goza.
Él me mató á mi hijo; yo en su hija
la pena del talion cumplo gozosa. (Saca el puñal.)
ELVIRA. (Gritando y arrodillada.) ¡Ah! ¡Señora, piedad!
JUANA. ¡Cómo él la tuvo!
Sangre por sangre, sí, gota por gota.
ELVIRA. (Levántase despavorida.) ¡Dios, socorro, venid!
JUANA. (Levantando las manos al cielo.) ¡Hijo, venganza!
ELVIRA. ¡Ah! (Cayendo otra vez de rodillas al verla venir.)

ESCENA VIII.

Dichas y FONTANELLAS.

FONTAN. (Apareciendo en el barranco y dando un grito.) ¡Elvira!
ELVIRA. (Levantándose y refugiándose en sus brazos.) ¡Cielos!

JUANA. (Quedándose parada y confusa.) ¿Quién?...
FONTAN. (Colocándose entre las dos.) Tened, señora.
JUANA. ¿Quién sois, decid? ¿quién sois? ¿por qué á mi paso
os presentais, cuando justicia pronta
anhelo consumar? (Viveza en toda la escena.)
FONTAN. ¿Llamais justicia
asesinar á una infeliz que llora
y solo por defensa tiene lágrimas
que oponer contra el arma destructora
que su vida amenaza?
ELVIRA. ¡Por Dios, calla!
no su furor aumentes.
FONTAN. Nunca obra
el que noble nació de otra manera.
ELVIRA. Tambien sucumbirás; teme su cólera.
JUANA. ¿Mas tú quién eres? dime.
FONTAN. El que su vida
defenderá como su misma honra.
Su amante soy y pido que al momento
la causa me espliqueis porque anhelosa
su muerte deseais.
JUANA. (Fuera de sí.) ¿Por qué, preguntas?
Te lo diré al momento; escucha ahora.
¿Has tenido algun hijo? ¿te lo han muerto
delante de tus ojos, dí?
FONTAN. (Confuso.) Señora....
JUANA. ¿Has visto pisoteado su cadáver
por soldadesca vil y hasta con mofa
tu dolor despreciar?....
ELVIRA. (Horrorizada.) ¡Oh cielo!
FONTAN. Nunca.
JUANA. Pues entónces, no sabes cómo se odia; (Con frenesí.)
Colmenar mató á mi hijo; yo en la suya
vengarme quiero.—Paso, ó bien furiosa
tu pecho atravesando, sabré abrirle
derramando la sangre que atesora.
FONTAN. Hacedlo; estoy dispuesto. (Avanzando hácia ella.)
ELVIRA. ¡Oh Dios!
JUANA. Dejadme.
FONTAN. Atravesad primero mi persona.

ESCENA IX

Dichos y SERRA por el barranco.

SERRA. Deteneos, doña Juana;
¿qué vais á hacer?
JUANA. A vengarme.
SERRA. Antes habreis de escucharme
que hacer accion tan tirana.
JUANA. ¿Ignoras?....
SERRA. (Con amargura.) ¿Qué he de ignorar?
Todo lo sé; mas, señora,
esa jóven no es autora
de lo que no ha de pagar.
Al entregárosla á vos,
os dije: esté á vuestro lado
y marcharé confiado
si la amparamos los dos.
Vuestra palabra me disteis
de que tranquila estaría
y no le sucedería
nada; vos me lo ofrecisteis,
¿no es verdad?....
JUANA. Sí, mas mi hijo...
SERRA. ¿Y teneis la diestra armada
contra aquesa desgraciada?....
JUANA. El dolor en que me aflijo
no me deja discernir,
ni me lega otra esperanza
que el placer de la venganza;
sin ella, execro el vivir.
SERRA A Dios debeis imitar
y ser, cual El, generosa;
nunca un alma es mas hermosa
que cuando ha de perdonar.
Que es la piedad el gran don
que al alma sirve de estrella;
la raiz mas pura y bella
del árbol del corazon.
JUANA. ¡Piedad!.... ¿túvola el impío
(Llorando.) al ver á mi hijo morir?....

SERRA. Dios nos enseñó á sufrir....
¡Pensad en El!... Y yo fio
que derramará la calma
sobre vuestro corazon,
y llegará una ocasion
en que pueda vuestra alma
conocer su inmensidad,
su profunda inteligencia,
su alabada omnipotencia
y su escelsa majestad.

JUANA. (Deja caer el puñal.) ¡Tienes razon! el pesar
la mente me ha trastornado;
nunca Dios ha perdonado
al que negó el perdonar.
El enseñó á padecer
á toda la raza humana;
El en su edad mas lozana
por todos fué á perecer;
El al fuerte pecador
perdona si se arrepiente;
(Cae de rodillas.) al suelo inclino mi frente
(Llorando.) pidiendo gracia, Señor.

ELVIRA. (Pausa, con poca voz y yendo á su lado.)
Si pasado de ira el fuego
volveis vuestra vista ahora
hácia mí, pensad, señora,
que os hago ese mismo ruego.
Perdonadme.

JUANA. (Levantándose y abrazándola.) Vos á mí;
mucho mal os habré hecho;
si leyérais en mi pecho
viérais lo que pasa aquí. (Con profundo dolor.)

ESCENA X.

Dichos, EL GUERXU que sale del barranco apresuradamente y llama Serra demostrando una gran alegría.

GUERXU. (Rápidamente toda la escena.) ¡Serra!....

SERRA. (Subiendo á encontrarle.) ¿Quién?....

GUERXU. (Con complacencia y sonrisa maligna.) ¡El!....

SERRA. (No comprendiendo.) ¿Cómo?

GUERXU. (Señalando con la cabeza á Elvira que está vuelta de espaldas é indicando que es su padre el que llega.) ¡El!....

SERRA. (Con un suspiro largo y marcado.)
¡Ah!... los cielos me le envian!
¿Hácia aquí viene?

GUERXU. (Indica el barranco.) Subian....

SERRA. ¿El y otros?

GUERXU. Seis.

SERRA. Eres fiel
(Dándole la mano.) y de tí solo me fio:
una mision delicada
te vá á ser encomendada.

GUERXU. Bien.

SERRA. Espera, amigo mio.)
(Bajando y con viveza.) Señores, dejadme aquí
solo un instante, marchad.

JUANA. ¿Hay alguna novedad?

SERRA. No; solo me atañe á mí;
dejadme solo un momento:
Guerxu, lleva esta señora (Por doña Elvira.)
lejos de aquí, porque ahora
me precisa, aunque lo siento,
su ausencia.—Dále una espada
al capitan y si gusta,
(A Elvira.) y á vos tampoco os disgusta
de él ireis acompañada.—
Doña Juana, un cuarto de hora
quiero solo estar; despues
venid.

JUANA. Esplicadme pues...

SERRA. Todo lo sabreis; ahora
por Dios, marchad.

JUANA. (Volveré.)

ELVIRA. Señora...

JUANA. (Abrazándola y marchando juntas.) Adios. (A Serra.)

FONTAN. (Dándole la mano á Serra.) Salvador
de mi vida y de mi amor,
adios.

SERRA. Despues os veré;
no os alejeis, caballero,
porque tenemos que hablar
si es que consigo arreglar. .

FONTAN. Al pié de esa cuesta espero.
(Vanse los cuatro por la colina izquierda.)

ESCENA XI.

SERRA y el CENTINELA en el monte.

Apenas queda solo, el centinela de la montaña saca la cabeza y hace seña á Serra de que suben por el barranco. Serra le hace otra seña de asentimiento y le dice que se oculte y él lo hace. Serra despues de hablar, vá á las colinas Y. y D., las reconoce y últimamente se oculta detrás de unas peñas grandes que hay entre la colina D. y el monte.

Veamos.—¿Suben?... sí...—Abajo: (Al centinela.) ceba... —Si acaso, obedece á mi voz...—Ocúltate.- Bien.— Ya han desaparecido por este lado... por este no hay nadie...—¡Gran Dios! ¡gracias te doy! él mismo viene á meterse en la red que acabará con su vida, gracias á la manera con que se la he ido tejiendo; hace seis horas que no vé á un narro; dentro de diez minutos verán cubiertas las montañas y los llanos los espantados cadells que ahora las ocupan...—¡Se acercan!... —Teresa, esposa mia, ¡llegó el dia de la justicia! ¡mírame y juzga! (Se oculta.)

ESCENA XII

COLMENAR y 6 soldados por el barranco: á poco SERRA.

COLMEN. Por fin subimos esa condenada cuesta: ya llegamos á la meseta de la colina y á nadie se divisa: esos cobardes narros han abandonado estas montañas como ovejas desbandadas: no se encuentra la mas leve señal que nos indique su paso.—Volved á bajar por ese otro lado y reconoced ese doble sendero: á la menor novedad, avisad á la fuerza que se halla escalonada en todo el barranco con el disparo de uno de vuestros arcabuces, y al instante todos estaremos reunidos; marchad. (Bajan al barranco por otro lado. Va á sentarse en una piedra que hay en la colina derecha y deja en ella las pistolas que lleva en la mano: Serra va saliendo con cuidado de su escondite, y se las coge sin que le vea Colmenar, dando la vuelta

para presentarse ante él.) ¡Dia desgraciado! ¡Todas mis pesquisas han sido infructuosas para hallar á mi querida hija!..... ¿Dónde la habrán escondido esos infames?

SERRA. ¿Quieres saberlo?

COLMEN. ¡Ah! (Vá á coger las pistolas y al no hallarlas, esclama:) ¡Traicion! (Queriendo ir al barranco.)

SERRA. ¡Un paso mas y eres muerto!.... (Apuntándole.)

COLMEN. ¿Qué miro? ¡Simon Roig! ¿No eres tú el infame ladron que se introdujo en mi casa para robarme mis dos presos?

SERRA. No; fuí el leal narro que te arrancó dos de tus mas apreciadas víctimas.

COLMEN. Corta ha sido la libertad de una de ellas, pues al volverla á hallar le arranqué la vida con mis propias manos.

SERRA. ¡Hazaña digna de un miserable! ¡asesinar á un pobre niño!.... Si son así todas tus proezas, no hay duda que tu patria puede estarte agradecida por el honor que la dispensas!....

COLMEN. ¡Simon!... (Con furia adelantándose con la espada desnuda.)

SERRA. ¡Quieto!!..... (Apuntándole: Colmenar retrocede.) No soy Simon el labrador; mírame bien y busca en una página de tu vida el nombre de un infeliz á quien hiciste el mas desventurado del mundo.

COLMEN. ¿Qué dices? (Sorprendido.)

SERRA. ¿No me conoces? mírame bien, pues aunque el sufrimiento y el dolor han variado mi fisonomía, todavía tendrás presentes algunos rasgos de ella.—Don Juan de Colmenar, ¿te acuerdas de Teresa? (Con voz terrible.)

COLMEN. ¡Serra!!... (Con un grito de espanto.)

SERRA. ¿Te acuerdas de aquella desventurada á quien tus propias manos asesinaron sin piedad por no querer prestarse á tus impúdicos deseos?

COLMEN. ¡Yo!... (Aterrado.)

SERRA. ¿Te acuerdas del fruto que llevaba en su seno y á quien quitaste la vida ántes de que pudiera contemplar la obra de Dios? ¡Dí, te acuerdas, vil asesino, infame verdugo!

COLMEN. ¡Soldados! (Con voz estentórea.)

SERRA. (Toca un pito que es repetido de montaña en montaña; se oyen algunos disparos lejanos, voces y ruido de armas: aparece la

montaña cubierta de bandoleros y suben á la escena por el barranco y las colinas multitud de ellos.) ¡Mira bien dónde se hallan! Están todos, como tú, en mi poder, y juro que ahora no te has de escapar.

TODOS. ¡Muera!

SERRA. ¡Atrás! ¡nadie ose poner la mano sobre esa fiera! me pertenece.

ESCENA XIII.

Dichos, DOÑA JUANA, GUERXU, TALLAFERRO y detrás FONTANELLAS.

JUANA. En vano he esperado, Serra.... ¡Dios! ¡qué miro! (Vé á Colmenar y quita el pedreñal á uno.) ¡Mónstruo infernal!

SERRA Y COLMEN. ¡Doña Juana!

JUANA. ¡Dejadme vengar á mi hijo!

FONTAN ¡Colmenar! (Saliendo con la espada desnuda.)

COLMEN. ¡Fontanellas! ¡salvadme!

FONTAN. ¡Infame asesino! ¿aun te atreves á implorar mi favor?

COLMEN. ¡Cómo! ¡vos tambien!....

FONTAN. ¡La sangre de mi hermano, derramada por tí, reclama tu vida! ¡defiéndete!

TODOS. No, ¡muera!

JUANA, SERRA Y FONT. Sí, sí, ¡venganza! (Yendo á él.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, EL NIÑO y el FADRÍ por la cueva.

NIÑO Y FADRÍ. No, ¡justicia! (El Niño dispara un pistoletazo á Colmenar. que cae muerto.)

TODOS. ¡Ah! (Grito general que espresa los sentimientos de cada uno.)

JUANA ¡Hijo!
NIÑO. ¡Madre!
SERRA ¡Don Juan!
TALLAF. ¡Fadrí!
FADRÍ. ¡Amigos!
UNOS. ¡El capitan!
OTROS. ¡El teniente!
OTROS. ¡Vivos!

(Todos á un tiempo con grande espansion y abrazándose unos á otros. Estas voces se han de distinguir perfectamente. Los bandoleros que coronaban la montaña bajan, y con otros que suben de todos lados, llenan totalmente la escena abrazando á Fadrí. Gran animacion. El Guerxu se acerca á Colmenar, reconoce si está bien muerto y luego dice su verso con alegría.)

FONTAN. Sí, ¡justicia de Dios! (Pausa.)

GUERXU. ¡Está muerto!

SERRA. ¡Bien, Guerxu; motivo es suficiente para que digas dos palabras seguidas!

JUANA. ¿Porqué milagro te vuelvo á estrechar entre mis brazos? ¿No es ilusion?... déjame que te vea, que te óiga... dime, ¿no és verdad que te tengo junto á mi corazon? Habla, dí... (Besándole fuera de sí de alegría.)

NIÑO. ¡Madre mia!

JUANA. ¡Ah! Señor, Señor, ¡bendito seas! (Alzando la vista al cielo.)

SERRA. Te teníamos por muerto, Fadrí, mi buen amigo, ¡mi querido hermano!

FADRÍ. No le ha faltado mucho; he estado siete dias acorralado como una fiera en el corazon de una montaña con mi precioso tesoro, con mi valiente ahijado, mal herido y casi muerto por ese infame aborto de la tierra! ¡He cerrado su peligrosa herida con mis mismos lábios y he conseguido salvarle!

TALLAF. ¡Bien por Fadrí! ¡Viva el teniente!

TODOS. ¡Viva!

FADRÍ. Que viva, ¡pues vive el capitan!

NIÑO. Sí, ¡madre mia! ¡á él le debes tu hijo!

JUANA. ¡Ah! ¡Fadrí! ¡mi vida es tuya! á tus plantas...

FADRÍ. ¿Qué haceis, señora? ¿me dais gracias por haber salvado á mi ahijado? ¿pues no era mi obligacion? ¿no soy su segundo padre en la tierra? ¿ó acaso no me queréis admitir ya como á tal?...

JUANA. Sí, Fadrí, ven á mis brazos!...

FADRÍ. Con todo mi corazon. (Se abrazan estrechamente.) ¿Y vos, señor?...

NIÑO. Sí, ¡padre mio!... (Se abrazan los tres.)

SERRA. ¡Fadrí, aquí tienes al hermano de don Salvio, nuestro libertador!...

FADRÍ. ¡Cómo! ¡es posible!...

FONTAN. Sí, yo soy. Te veo y te admiro, Fadrí. Tienes un noble corazon. ¡Amistad eterna entre nosotros!

SERRA Sí, ¡entre los dos!

FONTAN. No, ¡entre los tres! (Dándoles las manos.)

SERRA. Así sea.—Ahora, amigos, escuchad: el papa Inocencio décimo nos envia la absolucion de nuestros pecados y el perdon de nuestras culpas si nos reconciliamos con los cadells; ellos deponen las armas, si nosotros dejamos las nuestras; harto ha sufrido Cataluña; dejémos-

la gozar de tranquilidad, y en lugar de perder nuestras vidas hermanos contra hermanos, marchemos á Flandes á combatir contra los estranjeros. ¿Aprobais mi pensamiento?

TODOS Sí. (Con entusiasmo.)

FONTAN. Y yo os seguiré; no haya de hoy mas entre nosotros narros ni cadells; peleemos hasta morir por este solo grito. ¡Viva España!

TODOS. ¡Viva!...

NIÑO. Contad con un soldado: si mi herida me lo permite, allí me reuniré con vosotros; ¿no es verdad, querida madre?

JUANA. Sí, hijo mio; antes que tu vida, el honor de tu patria; mas quiero llorarte mártir, que traidor.

SERRA. Marchemos á participar tan felices nuevas á nuestros hermanos.

TODOS. Vamos. (Con alegría.)

SERRA. Y al abandonar nuestras queridas montañas para reunirnos al ejército de don Juan de Austria, uno sea el grito de todos sus hijos. ¡Viva Cataluña!

TODOS. ¡Viva! (Se ponen en movimiento para marchar. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 4 de Octubre de 1859.

El censor de teatros,
Antonio Ferrer del Rio.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. FERNANDO GUERRA.

Dos bodas en un jardin.. . .	Juguete cómico original en un acto y en verso.
El Rey de copas ó una celada inocente.	Comedia en un acto original y en verso.
Los hermanos de la Costa. .	Drama en cuatro actos y en prosa.
Otro nudo gordiano. . . .	Comedia en un acto original y en prosa.
Un diablo mudo que no es mudo ni diablo.	Zarzuela en dos actos, original y en prosa, música de D. Juan Carreras.
La libertad de Olot. . . .	Drama en cuatro cuadros, original y en verso.
Los hijos de Villafranca.. .	Drama histórico en tres actos y en verso.
Narros y Cadells, (2.ª parte de D. Juan de Serrallonga).	Drama en cuatro actos, original en prosa y verso.